

Zuarnegar

Prologo de D. Alonso V

~~n. 12.~~

Nº 119

(Leg. 2ª - P. 1ª)

EXPOSICIÓN MARCA DE COMERCIO, FRENTE A

LA LEY DE PATENTES DE INVENCIÓN

DE 1901

Y DE LA LEY DE PATENTES DE INVENCIÓN

DE 1901

DE 1901

DE 1901

DE 1901

DE 1901

DE 1901

DE 1901

DE 1901

DE 1901

DE 1901

DE 1901

DE 1901


DE 1901

DE 1901

DE 1901

DE 1901

DE 1901

HTCA
U/Bc LEG 2-1 nº119

1>0 0 0 0 2 6 4 6 1 1
UVA. BHSC. LEG. 02-1 nº 0119

ELOGIO

DE DON ALONSO V DE ARAGON,

Y I.^o DE NÁPOLES.

POR

DON JOSÉ MARÍA DE ZUAZNAVAR, FRANCIA

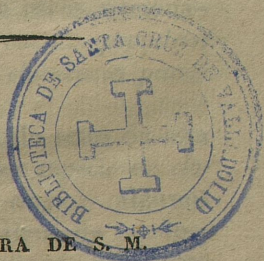
Y CAVERO,

*Caballero de la Orden militar de Montesa y
San Jorge de Alfama, del Consejo de S. M.
en el de las Ordenes militares, individuo de va-
rios cuerpos literarios, y originario de Aragon
por su línea materna.*

MADRID

POR IBARRA, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

MAYO DE 1832.



ELOGIO

DE DON ALONSO Y DE ALBON

Y L^o DE NAPOLES.

Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci,
Lectorem delectando, pariterque monendo.

.....
Sunt delicta tamen quibus ignovisse velimus.
Nam neque chorda sonum reddit, quem vult manus et mens,
Poscentique gravem persaepe remittit acutum:
Nec semper feriet quodcumque minabitur arcus.
Verum ubi plura nitent in carmine, non ego paucis
Offendar maculis, quas, aut incuria fudit;
Aut humana parum cavit natura.

HORAT. ART. POET. VERS. 343 ET SEQQ.

PREVENCION.

El célebre don Juan Andrés, escritor erudito y juicioso, en su obra titulada *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, despues de haber hablado en el libro 1.^o de las bellas letras, acerca de las varias especies de *poesía*, pasa en el segundo á tratar de la *elocuencia*, y á mas de estenderse sobre la *elocuencia en general*, y la *forense*, la *didascálica*, la *dialogal* y las *epístolas*, especialmente, en otros tantos capítulos, en el sexto se contrae á los *elogios*.

Escribe con su acostumbrada discrecion y tino acerca de los *elogios* que trabajaron los griegos Gorgias, Pericles, Isócrates: los latinos Ciceron, Plinio y otros: varios santos padres y varios modernos en lenguas muertas; y ciñéndose luego á los que se han escrito en lenguas vulgares ó vivas, habla largamente de Fontenelle, d'Alembert, Tomás y otros franceses, y en cuanto á los españoles solo dice lo siguiente: "La Academia Española ha oido algunos elogios de Alonso X, del Tostado y de otros nacionales, que realmente no carecen de buenas prendas; pero no tienen mérito singular en la elocuencia panegírica."

Concluye Andrés su citado capítulo sexto de esta manera. *Hasta ahora no sabemos que especie de elocuencia sea la mas propia para los elogios*: algunos la quieren enteramente histórica y llena de anedotas: otros llenas de cuadros y reflexiones filosóficas:

*

algunos sencilla y llana; otros sublime y patética. Lo que prueba suficientemente, *que todavía no han salido á luz elogios, que sean verdaderos modelos, dignos de imitarse, y que en esta parte hayan podido fijar el buen gusto; y ántes bien el ver generalmente en estas composiciones tantos defectos ha hecho que nazca entre algunos el temor de que los elogios sean, por su naturaleza, perjudiciales á la verdadera elocuencia.*"

"Voltaire desaprobaba en un todo los elogios, y francamente decia, que estos jamás formarán otra cosa que vanos declamadores. En los anales de Linguet se halla una carta dirigida á él, en que se le dice que se desea, que una pluma tan enérgica como la suya, se ponga de propósito á demostrar la inutilidad de los elogios, y aun el peligro de la institucion de tales composiciones: la decadencia del gusto, continúa diciendo, el estilo hinchado y ridículo, y la pueril debilidad que distingue á casi todas estas producciones, prueban suficientemente, que la verdadera elocuencia nada gana con ellas."

"Yo tengo por muy cierto, que la mayor parte de los elogios degeneran en declamaciones, y llenos de hinchazon y de puerilidades acarrear perjuicio á la sólida elocuencia; pero no por esto quisiera, que se desterrase enteramente su composicion. Los elogios pueden y deben ser, una parte muy importante de la verdadera elocuencia; y *si hasta ahora no se han hecho acreedores á la plena aprobacion de los doctos*, esto, léjos de retraer á los sublimes ingenios de componerlos, debería estimularlos á ilustrar un género de elocuencia *que todavía no ha recibido el debido esplendor.*"

sb “Un elogio que haga conocer y estimar á un hombre digno de ser conocido y estimado, ciertamente deberá parecer agradable é importante hasta á los mismos críticos mas contrarios de tales composiciones.”

sb “Para esto quisiera yo en el escritor un exácto conocimiento de las cosas que alaba, y que fuese militar el panegirista del militar, político el del político, matemático el del matemático, y que no se atreviese á hacer un elogio el que no supiese conocer y apreciar debidamente los verdaderos méritos del sugeto alabado. Despues, para hacerlos conocer á los lectores, no vienen al caso pequeñas anécdotas y menudas individualidades, que serán á propósito para una vida, mas no para un elogio, no inútiles lecciones de moral y de política; no largos pasages de violentas sentencias y de importuna filosofia; sino que se requieren hechos distintos y característicos que presenten el retrato verdadero del héroe que se alaba, animados tal vez con sobriedad de alguna reflexion oportuna, nacida espontáneamente del curso de la oracion; y para hacer apreciar justamente tales hechos, no es menester el aparato de cuadros históricos y filosóficos, y las inútiles digresiones que estan tan en uso en los elogios, sino solo aquello que baste para mostrarlo en su verdadero semblante, y presentarlo en toda su heroicidad. En los elogios solo se busca conocer bien y estimar justamente los grandes sugetos, dignos de ser conocidos y estimados; y para esto ciertamente contribuirá mucho un estilo animado sin énfasis, sublime sin hinchazon, y adornado sin puerilidad ¹.”

¹ Andres. Origen, progresos y estado actual de toda la literatura: lib. 2. c. 6. pag. mihi 399 del tomo V.

Doy, pues, á luz el elogio de don Alonso V de Aragon, que trabajé el año de 31, en los ratos que me lo permitian mis continuas y gravísimas ocupaciones de Alcalde de la Real Casa y Corte de S. M. y lo publico para los originarios de la Corona de Aragon, que como dice Andres, *solo busquen en él conocer bien y estimar justamente al gran Alfonso V, digno ciertamente de ser conocido y estimado.* Me persuado que para esto bastará *mostrarlo*, como añade Andres, *en su verdadero semblante, y presentarlo en toda su heroicidad con un estilo animado sin enfasis, sublime sin hinchazon y adornado sin puerilidad.*

Ha sido necesario referir, como refirió Plinio en el elogio de Trajano, la patria, la cuna, la educacion, el matrimonio, las cualidades corporales, las de ánimo, las de fortuna, los dichos, los hechos de Alonso V. Ha sido por consiguiente necesario *imitar á Plinio en el plan del elogio*; pero sin confundir á Trajano con Alonso V.

Y se le ha *imitado* en diferente lengua, con órden, claridad, naturalidad, facilidad, variedad, precision, dignidad, nobleza, exâctitud, pureza de lenguaje, períodos armoniosos, procurando evitar sonnetes, cacofonias, durezas, y por el contrario proporcionar número oratorio sin ritmo, propiedad sin composicion, adorno moderado de tropos y figuras sin vicios ni defectos.

La *imitacion* es una cosa inevitable en gran parte, como se acaba de ver, y muy recomendada en todo por escritores juiciosos, y lo que debe llamar nuestra atencion, es practicada por los sábios mas célebres y por los autores mas clásicos de todas edades y de todas naciones.

Los latinos en general *imitaron* á los griegos, muchas veces de tal manera, que los *escedieron*, como lo demuestra Scaligero en el libro V de su poética, comparando los unos con los otros, y desde el libro X hace iguales comparaciones de los latinos solos entre sí. Macrobio, comentando el sueño de Scipion, hace ver desde luego, que Ciceron *imitó* en él una invencion de Platon.

Virgilio *imitó* á Lucrecio, como lo conocerá cualquiera que se tome el trabajo de compararlos. Dice Lucrecio ¹ por exemplo:

*Nec me animi fallit, quam sint obscura; sed acri
Percussit Thyrso laudis spes magna meum cor,
Et simul incussit suavem mi in pectus amorem
Musarum, quo nunc instinctus, mente vigenti
Acia Pieridum peragro loca, nullius ante
Trita solo.*

Virgilio lo imitó de este modo ²:

*Nec sum animi dubius, verbis ea vincere magnum
Quam sit et angustis rebus hunc addere honorem.
Sed me Parnassi deserta per ardua dulcis
Raptat amor: incat ire jugis, qua nulla priorum
Castaliam molli diverterat orbita clivo.*

Y cotéjese el verso 2 de la egloga 1.^a del citado Virgilio con el verso 8 de la 6.^a donde *se imita* á sí mismo.

Pero ¿para qué buscamos egemplos entre grie-

¹ Lib. I. vers. 918 y siguientes.

² Georg. III. 289. y siguientes.

gos y latinos? Entre nuestros mejores escritores nacionales los hallaremos á porrillo.

Luis Megía en su apólogo de la ociosidad y el trabajo, bajo el nombre alegórico de Labricio Portundo, *imitó* muchos pensamientos de la *Vision delectable* del bachiller la Torre, *copiando algunas veces hasta sus propias palabras.*

La proligidad y frecuentes repeticiones de pequeñas ideas y la vulgaridad de muchos símiles y comparaciones forman un estilo lánguido, frío é inelegante en la *Agonia del tránsito de la muerte* de Alonso Venegas.

Si su grave concision y su sencilla y austera nobleza en la diction no hicieron á don Luis de Avila y Zúñiga *igual al César Romano* en aquellas cualidades en su obra titulada *Comentario de la guerra de Alemaña*, lo hicieron á lo menos superior á cuantos españoles *antes y despues de él, quisieron imitar á César.*

Pedro Megía *imitó* en la alabanza del asno la idea de Luciano y Apuleyo, y su *historia imperial y Cesarea* es una *exáctisima compilacion* de los principales hechos de la vida pública y privada de todos los emperadores romanos desde Julio César hasta Maxímiliano I. de Austria, *extractada de quanto los antiguos historiadores nos dejaron escrito mas difusamente de muchos ó cada uno de aquellos principes.*

El V. Contreras fué *dechado del V. M. Juan de Avila.*

Algunos comparan á Don Diego Hurtado de Mendoza con Salustio, *porque le imitó mas que otro escritor español en lo enérgico, preciso y sentencioso.*

El V. P. Fr. Luis de Granada *imitó* á Virgilio en aquel pasage, en que este introduce ¹ al P. Anquises hablando con su hijo Eneas de esta manera:

“Isque ibi tendentem adversum per gramina vidit
 Æneam, alacris palmas utrasque tetendit,
 Effusaeque genis lacrymae et vox excidit ore,
*Venisti tandem, tuaque expectata parenti
 Vicit iter durum pietas.*”

El V. P. Fr. Luis de Granada se explica así ²:
 “Con que entrañas aquel primer *Padre* del género humano, derribado ante los pies de su *Hijo* y Señor diria: *Veniste* ya muy amado Señor y muy esperado á remediar mi culpa: *Veniste* á cumplir tu palabra y no echaste en olvido á los que esperaban en tí: *venció la dificultad del camino la piedad grande*, y á los dolores y trabajos de la Cruz la grandeza del amor.”

En las obras de los autores místicos es muy frecuente hallarlos muy conformes, *no solo en las doctrinas, sino tambien en las espresiones*: no siendo negocio fácil de acertar entre escritores contemporáneos, cual de ellos *imitó* ó *usurpó* los pensamientos del otro. Este caso se verifica entre Fr. Diego de Estella y Fr. Luis de Granada en dos lugares de sus respectivos escritos.

El P. Estella, *en la meditacion 2.^a del Amor de Dios*, tratando como las criaturas nos incitan al amor

¹ Æneid. lib. VI. vers. 684.

² Meditacion 1.^a para el Domingo por la mañana, Domingo 3.^o §. 12.

del Criador, se explica así: “Ciego es el que no es alumbrado con tantos *resplandores* de cosas criadas: *Ciego es el que con tantos clamores no despierta: mudo es el que con tantos indicios, al primer principio y causa de todo esto no conoce.*”

Fr. Luis de Granada en la *introduccion al Simbolo de la Fé cap. 2.º de la 2.ª parte*, tratando de lo mismo dice así: “El que tales cosas no oye, sordo es, y el que con tan maravillosos *resplandores no os ve, ciego es*: y el que vistas todas estas cosas no os alaba, *mudo es*: el que con tantos *argumentos y testimonios* de todas las criaturas, *no conoce la nobleza de su Criador, loco es.*”

Otra vez el P. Estella, en la *parte 3.ª cap. 20 de la vanidad del mundo*, se encuentra con el M. Granada cuando dice: “¿Quieres, hombre, saber quien eres? ¿Qué cosa es el hombre, segun el cuerpo, sino vaso de corrupcion? Y ¿qué es segun el alma, quitada aparte la gracia de Dios, sino enemigo de la justicia, heredero del infierno, amigo de la vanidad, obrador de pecados, menospreciador de Dios, y una criatura habilisima para todo lo malo, y inhábil para el bien? ¿Quién eres, sino un animal por todas partes miserable? En tus consejos ciego, en tus caminos desatinado, en tus palabras vano, en tus obras defectuoso, en tus apetitos sucio, y finalmente en todas cosas pequeño, y en solo tu estima grande?” El M. Granada, hablando tambien del conocimiento de sí mismo, se explica así: “¿Qué es de sí el hombre sino vaso de corrupcion, hijo del demonio, heredero del infierno, obrador de pecados, menospreciador de Dios, y una criatura inhábil para todo lo bueno, y poderosa para todo lo malo? ¿Qué es el hom-

bre sino una ánima en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus obras vano, en sus apetitos súcicio, y en sus deseos desvariado, y finalmente en todas cosas pequeño, y solo en su estima grande?

Fr. José de Sigüenza en los tres tomos de la historia de su orden *imitó* perfectamente á Tácito en las *introducciones de sus libros ó centurias*, á Tito Livio en las *relaciones*, á Plinio en las *descripciones*, y á Salustio en sus *pinturas y retratos*. El P. Juan de Mariana derramó la hiel de su censura en algunos lugares *por imitar* á Tácito. Don Francisco Moncada *no tenía olvidadas* las frases absolutas y rápidas de Salustio y Tácito, como se trasluce en la composición del proemio de su historia militar titulada *Espedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*. En la edad de don Diego Saavedra Fajardo se formó una especie de secta entre muchos autores políticos y filosóficos, la cual queria moralizar imponiendo al lector con el breve y enfático pronunciar de los oráculos: secta, á que perteneció el mismo Saavedra, *quien no ocultó cierta afectacion del laconismo sentencioso de Séneca*. Don Gregorio Mayans en la vida que escribió de don Antonio Solís, dice de él, que *remedó* á Quinto Curcio sin procurarlo, aunque hizo sus diligencias, y *quizá escedió al modelo*.

En la *Granada rendida* de Vaca de Guzman, pieza premiada por la Real Academia Española, al fol. 18 se lee lo siguiente:

Pues el dolor, ó Reina, inesplicable
 Me mandas renovar, de haber perdido
 En la alta España á impulso de los Godos

*

Las lunas africanas el dominio,
 Escucha en breve el último trabajo,
 Que van á padecer, aunque al decirlo
 Se estremezca la mente, aunque tu imperio
 Gima al horror que absorto le anticipo.

Esta es una *imitacion* de Virgilio, que al libro 2.^o de la Eneida verso 3.^o y siguientes se esplica así:

“Infandum, Regina, jubes renovare dolorem:
 Trojanas ut opes et lamentabile regnum
 Eruerint Danaï, quæque ipse miserrima vidi
 Et quorum pars magna fui.
 Sed si tantus amor casus cognoscere nostros
 Et breviter Trojæ supremum audire laborem,
 Quamquam animus meminisse horret, luctuque refugit
 Incipiam.”

Al fol. 19 del citado romance endecasilabo se esplica Vaca de Guzman de este modo:

“Contra tí el Cielo está: teme su juicio.
 Discurrió un sudor frio por los miembros
 Del monarca á esta voz.”

Virgilio, á quien *se limita* igualmente en este pá-
 rage, dice así al versiculo 120 del libro 2.^o de la
 Eneida.

“Obstupere animi, gelidusque per ima cucurrit
 Osa tremor.”

Viera al fol. 10 del elogio de Felipe V dijo: "Mostró bien unidas en su persona las heroicas prendas de los Reyes Austriacos de su nombre. *Hermoso* como el primer Felipe; pero mas varonil: *prudente* como el segundo, pero mas humano: *piadoso* como el tercero; pero mas entendido: *grande* como el cuarto; pero mas feliz."

Este pasage lo imitó Vargas en el elogio de Alonso X pieza premiada por la Real Academia Española, diciendo al fol. 7 nombre (*el de Alonso*) á que se habian unido los epitetos de *Católico*, de *Casto*, de *Grande*, de *Valiente*, de *Noble*, de *Bueno*, de *Conquistador*; nombre, á que iba á unirse el de *Sábio*."

Un célebre literato de nuestros dias imitó el mismo pasage en dos diferentes oraciones fúnebres de esta manera. En la una dijo: Fué separado de los vivientes el ínclito sucesor de Carlo *Magno*, de Felipe IV *el hermoso*, de Carlos V *el sábio*, de Luis IX *el santo*, de Luis XII *el padre del pueblo*, del adorado Henrique *el de la patria*, de Luis XIV *el grande*."

En la otra se lee lo siguiente: "Menos trato de aparentar una erudicion impertinente, recordando los honrosos dictados que consiguieron por sus heroicas empresas los príncipes de su casa, como Bruno el de *grande*, Otón III el de *maravilla del mundo*, Federico VI el de la *diestra del imperio*, Henrique el de *piadoso*, Conrado el de *Sabio*, Deddo el de *padre de los huérfanos*, y otros innumerables... Nuestra difunta amada Reina sabe en su corta edad... sabe dar un realce superior á las eminentes cualidades de sus ilustres progenitores... escediendo las glorias de su nacimiento y ascendientes."

Este mismo respetable orador, á cuyo paladar

se adhirió su lengua al querer dar razon de la muerte del hermano de su héroe; este mismo sentia *pegada á su paladar su lengua* al querer proferir en otra ocasion las calumnias exécrables, proferidas contra su heroina. La primera de estas dos oraciones fúnebres la concluyó diciendo: “*Mas si aun le restan que espiar algunas reliquias de la fragilidad humana, aceptad, ó Rey de Reyes, Dios de las virtudes, aceptad el incruento sacrificio en que acaba de ofrecerse la victima de mayor propiciacion: acoged benigno los votos &c.*” La segunda la concluyó así: “*Mas si atendido el rigor de la Divina justicia... restan aun á esta alma predilecta que purificar algunas imperfecciones, efectos de la humana fragilidad, aceptad, ó Supremo Juez de vivos y muertos, Dios inmortal y poderoso, aceptad por su alivio el solemnísimo sacrificio en que se ha ofrecido la victima mas pura... acoged los tiernos votos... recibid benigno &c.*”

Nos podemos aplicar lo que Quintiliano dijo de los de su tiempo¹: “*Tot nos praeceptoribus, tot exemplis instruxit antiquitas, ut possit videri nulla sorte nascendi aetas felicior, quam nostra, cui docendae priores elaboraverunt.*” Los críticos de Trevoux² no dudaron decir: “*Tenemos mas de mil quinientas obras dramáticas de Lope de Vega, de las cuales han tomado, bien de ordinario, nuestros poetas cómicos y trágicos; porque los españoles son nuestros maestros en el imaginar, en el esponer del argumento, y en el llevar al cabo con el debido arte un enredo ó aventura de Teatro.*”

¹ Instit. Orat. lib. 11. cap. 11.

² Al art. 65 del mes de junio de 1746.

No se estrañen, pues, en este elogio algunas *imitaciones*: tal vez su mérito escederá al de los modelos; pues hemos visto ya que *hasta ahora no han salido á luz elogios que sean verdaderos modelos dignos de imitarse, y que en esta parte hayan podido fijar el buen gusto, y que aunque la Real Academia Española ha oido algunos elogios de Alonso X, del Tostado y de otros nacionales, que realmente no carecen de buenas prendas, no tienen merito singular en la elocuencia panegirica.*

Y sobre todo, tal cual defecto que se note en una obra, destinada á instruir deleitando con dichos y hechos de un héroe ya difunto, no debe obscurecer el timbre de ser ella el monumento menos equívoco, mas desinteresado y mas durable del celo y amor del escritor á los naturales de un reino, de que son originarios tanto el héroe, como su panegirista.

ELOGIO
DE ALONSO QUINTO DE ARAGON,
Y
PRIMERO DE NÁPOLES.

Genus, et proavos, et quae non fecimus ipsi,
Vix ea nostra voco.

OVID. Metamorph. lib. XIII. vers. 140.
Edic. de Milan de 1799.

"Deseo que cuando se escriba algun panegírico de mi persona, se funde sobre mi propio mérito; pues no tuve parte alguna en los gloriosos hechos de mis antepasados."

ALONSO V DE ARAGON á un cortesano.

Si Alonso V de Aragon y I de Nápoles no hubiera hecho mas, que sonar principal móvil de los sucesos y operaciones de su reinado, sin haber intervenido en ellos como un agente efectivo: si su memoria mereciera borrarse en los monumentos históricos de las naciones, ó por inútil, ó por funesta; no fuera árdua, ni de difícil desempeño, como lo es en la realidad, la empresa de hablar dignamente del Rey don Alonso V de Aragon y I de Nápoles. Pero como el célebre Monarca, por sus virtudes públicas y privadas, tuvo el influjo mas señalado en los acontecimientos políticos y militares de su tiempo, y en los progresos de la literatura: como su reinado fue, tal vez, el mas completo de cuantos cupieron á la corona de Aragon.... ¿qué digo á la corona de Aragon?... De cuantos cupieron á la nacion Española: como creó, animó, fomentó, restauró cuanto floreció en su tiempo, y preparó, con sagaz prevision, lo que circunstancias, que fueran sobreviniendo, casi por necesidad, habian de hacer reputar útil é indispensable despues de sus dias: la justicia y la utilidad general exigen de los originarios de Aragon una pública celebracion de aquellas virtudes; aunque intentar un elogio, digno de Alonso, sea empeño árduo, que honrará, sí, al emprendedor; pero jamas igualará en su desempeño la grandiosa

*

idea, que el amor, el reconocimiento y la perspicacia de los pueblos formaron de nuestro héroe en su tiempo.

A fin de¹ trabajar los elogios de otros Monarcas ilustres, acaso se ven los oradores, por falta de materia suficiente en el período de sus reinados, constreñidos á buscarla en los que les precedieron. Para hacer el de Felipe V de España, fué necesario repasar tres centurias de los anales de nuestra heroica nacion. Por el contrario Alonso V de Aragon se granjeó para siempre las alabanzas públicas con sus propios célebres dichos y heroicas hazañas, en menos de doce lustros².

1 La invencion de este pasage es de Viera en su elogio de Felipe V, fol. 2, aunque sean diferentes su disposicion y elocucion. Viera dijo: Otros claros varones dejaron asegurado el tributo de los loores públicos en la série de las benéficas ó admirables acciones que ilustraron sus vidas y dentro de las precisas márgenes de la brillante carrera que anduvieron. Pero hay héroes cuyas glorias parecen en cierto modo tan inmensas, que no se circunscriben ni en los ámbitos de sus reinos, ni en el período de sus reinados. Para hacer el elogio de Felipe V quizá seria preciso repasar tres centurias de los anales de España, los de su rápido engrandecimiento, los de su decadencia asombrosa, y los de su feliz restauracion.

La invencion de Viera en este pasage se advierte en hacer consistir la inmensidad de las glorias de Felipe V en la necesidad de repasar tres centurias para referirlas. En el elogio de Alonso V por el contrario se hace consistir la inmensidad de sus glorias en no haber necesidad de salir de su reinado para formar un elogio admirable. ¿Cuál de los héroes se presenta mas grande? ¿Alonso V ó Felipe V? Fuera de que se ha evitado en el panegirico de aquel la cacofonia de *los loores*, que se nota en el de éste, y de paso la voz anticuada *loor*.

2 Nec reditum Diomedis ab interitu Meleagri
Nec gemino bellum Trojanum orditur ab ovo,

¡La casa de los Duques de Anjou¹ ceder el cetro de Nápoles á un prisionero de la escuadra Genovesa!
 ¡Prevaler en aquella ciudad la adopción, que en la de Aversa se viera revocada!
 ¡Aposesionarse don Alonso de la corona destinada por la reyna propietaria doña Juana, para despues de sus dias, á los duques de Anjou!
 ¡Restaurar las ciencias y las artes griegas y romanas en Nápoles y en Aragón!
 ¡Preparar la incorporacion del maestrazgo de la orden de Santiago en su

Semper ad eventum festinat et in medias res,
 Non secus ac notas, auditorem rapit.....

HORAT. ART. POET. *vers.* 146 *et seqq.*

I La invencion de este pasage (si son nuevos en las piezas de elocuencia el exórdio y la proposicion) es tambien de Viera al fol. 3 del mismo elogio de Felipe V, aunque la disposicion y la elocucion son muy diferentes. Viera dice así: "La fortuna de la casa de Austria, despues de dos siglos de imperio, ceder debilitada el cetro de las Españas, cuyos límites abrazan ambos mundos, á la familia de Borbon su competidora. ¡Verse triunfantes y adoradas en Madrid las cautivas lises de Francisco I en lugar de las caudales águilas de su émulo Cárlos V! ¡Sentarse el descendiente de Henríque IV del Bearnes, sobre el trono de Felipe II! ¡Quedar perpetuamente unidas con los vínculos de la sangre y de la amistad las dos mayores monarquías, contrarias tanto tiempo! ¡Ser el nuevo Rey heredero y conquistador de su propia corona, vencedor y padre de sus mismos vasallos, padre que supo corregir y perdonar, vencedor que supo ensalzar la nacion segunda vez, y restituirla al antiguo lustre de su primer crédito, honor y poderío! ¡O y cuán cierto es que siendo Felipe V la cabeza de una nueva Real estirpe en España, y formando la mas portentosa época de sus fastos, suministró á la voz de la posteridad materia superabundante para el mas vasto y extraordinario elogio."

Cotéjense una y otra proposicion: véase cual de las dos es mas cierta, grandiosa y magnífica, cual de las dos mas ceñida á la vida del héroe elogiado, cual de las dos anuncia hechos

primo y cuñado don Juan, posteriormente la administracion del mismo maestrazgo y del de Alcántara en Henrique IV de Castilla; y últimamente la de todos los maestrazgos, y la de las coronas de Aragon, Nápoles y Navarra en las de Castilla y Leon! Disponer de este modo el estado político de la Europa para los memorables dias de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, y para las glorias y triunfos del gran Carlos I de España! ; para sus pretensiones de Monarca universal de la Europa! ; Transmitir por entonces el trono de Nápoles sin oposicion, obstáculo ni impedimento ninguno á un hijo bastardo! ; Y todo esto á principios del siglo de 1400! ; O y cuan cierto es que ningun elogio de Alonso V de Aragon, llamado generalmente el *sábido*, *el magnánimo*, igualará la grandiosa idea, que el amor, el reconocimiento y la perspicacia de los pueblos formaron de nuestro héroe en su tiempo!

El reyno de Aragon¹ que por sus herencias y sus

mas admirables, cual de las dos se limita á tiempos de menos auxílios y menos recursos de luces, hombres y dinero: y se dirá, que la del elogio de Felipe V se puede comparar con Horacio vers. 137 y siguientes del art. poet. al

“Fortunam Priami cantabo, et nobile bellum.

¿ Quid dignum tanto feret hic promissor hiatus? ”

y la del de Alonso V al

Dic mihi, Musa, virum, captae post tempora Trojae

Qui mores hominum multorum vidit et urbes,

concluyendo con el mismo Horacio

Quanto rectius hic, qui nil molitur inepte.

¹ La narracion de Viera en el elogio de Felipe V al fol. 4 es la siguiente: “El Imperio de España que por sus conquistas, sus herencias y descubrimientos había llegado en breve tiempo á mas grado de

conquistas habia llegado á ser de los mayores que en la edad media se conocieron, se desordenó con la muerte del Rey don Martin sin sucesion, y transformados los timbres en ruinas, no presentaba desde el fallecimiento del Monarca mas que un magnífico edificio ya dirruído. Aragon, Valencia, Cataluña, la nave del Estado quedó sin piloto. Aspiraban á hacerse cargo del timon el infante de Castilla don Fernando como hijo de don Juan I y doña Leonor, infanta de Aragon, hija del Rey don Pedro: don Luis, duque de Anjou, como marido de doña Violante, tambien infanta de Aragon, hija del rey don Juan: don Mateo, conde de Foix, como marido de doña Juana, igualmente infanta de Aragon, hija del mismo Rey

estension y grandeza que el Romano, y que aspirando, segun receló la política, al imposible de la monarquía universal, daba motivos para que admirado el mundo se creyese todo español: desplomándose insensiblemente con el peso de su propia mole, y convertidos en ruinas sus trofeos, no era ya en los dias de Cárlos II mas que un pálido simulacro de lo que habia sido en los felices tiempos del primer Cárlos y de su hijo."

No me detengo en que aquel *receló la política* es un amontonamiento de tropos que no agrada á muchos: ni en que el *imposible* de la Monarquía Universal parece una pueril, rídica imitacion *del imposible vencido* de la gramática vascongada de Larramendi, uniéndolo á unos *recelos políticos* que debian nacer de considerarse *vencible el imposible*: ni en que desplomarse *un imperio* y eso *insensiblemente*, es una espresion metafórica mal aplicada, particularmente cuando la propia mole del imperio es la causa. El reyno de Aragon no se *desplomó*, sino se desordenó: resultó, sí, de este desórden una metamórfosis, una transformacion de timbres en ruinas; pero presentaban éstas un magnífico edificio ya dirruído y no un *pálido simulacro de un imperio desplomado insensiblemente por su propia mole, nada menos que en todo el mundo.*

don Juan; y por decirlo de una vez, con los ya nombrados aspiraban don Jaime, conde de Urgel, don Fadrique, conde de Luna y de Rivagorza, don Alonso, duque de Gandía: todo era confusion, todo era discordia, desórden, parcialidad, incendio, devastacion, efusion de sangre, todo guerra; en tanto grado, que mal avenidas las letras con las armas, aquel célebre colegio, consistorio ó academia, ya de profesores, ya de aficionados á la poesía y á la música, que con tanto empeño fundó don Juan I de Aragon en Barcelona, para los llamados trovadores, mantenedores y joglares; academia que dió principio á la poesía vulgar, adquiriendo tanto crédito en la Provenza, cuando los condes de la casa de Barcelona hicieron de su corte centro de la galantería y de la urbanidad, y asilo de los talentos poéticos, esta academia quedó absolutamente desierta; y del mismo modo se fueron desapareciendo otros útiles y respetables establecimientos.

¿Qué se adelantó, con que, comprometidos Aragon, Valencia y Cataluña en nueve varones escogidos, tres por cada estado, nombrasen unánimes al infante de Castilla don Fernando el Justo, por sucesor de su tio el Rey don Martin? ¿Qué se adelantó, repito, si el conde de Urgel, no quiso reconocerlo por tal? ¿Qué se adelantó, si el cisma, que á la sazón causaba en la iglesia un aragones, y despues lo continuó, aunque por poco tiempo, un catalan, tenia inquietos los ánimos todos?

El sumo pontífice Urbano VI sucesor del Papa Gregorio XI empieza á corregir la conducta de muchos cardenales; y disgustados estos del proceder del Papa, sálense de Roma con pretesto de calores; de-

claran intruso á Urbano, nombran en su lugar á Roberto, que se llamó Clemente VII, y encienden el mas funesto y largo cisma en la iglesia. Muerto Urbano, los cardenales de su partido que estaban en Italia, eligen por sucesor al llamado Bonifacio IX. Por el contrario, en aquel mismo tiempo fallece Clemente VII y los cardenales de su partido, que residian en Roma, nombran en su cónclave por sucesor de Clemente al cardenal de Melioratis, que se tituló Inocencio VII, al paso que los del mismo partido que residian en Aviñon, eligen al cardenal de Aragon don Pedro de Luna. Al fallecimiento de Inocencio VII es nombrado Papa Gregorio XII, llamado antes Angelo Coriario, bajo la condicion y juramento de que, allanándose á renunciar el pontificado Pedro de Luna, que se titulaba Benedicto XIII, lo renunciase tambien Gregorio para quietud de la iglesia.

Pero ¡O ceguedad humana! ¡O ambicion! ¡O tenacidad! Ni uno, ni otro quiso hacer la renuncia, y juntándose los cardenales de ambos partidos en la ciudad de Pisa, emplazan, como á fautores del cisma abominable, á los dos electos, para que, en tan exécrable division, el concilio resolviese sobre el derecho de cada uno; y no habiendo querido concurrir uno ni otro, los veinte y cuatro cardenales que se hallaban en el concilio, deponiendo á ambos, eligen unánimemente al cardenal arzobispo de Milan, conocido por Alejandro V; y entonces Angelo Coriario, que retenia el nombre de Gregorio XII, hace en el concilio Constanciense dimision de sus insignias, como la hizo de las suyas, mas adelante, su sucesor Juan. Y finalmente el concilio Constan-

ciense declara á don Pedro de Luna por cismático incorregible, si no se rinde, si no se sujeta á la decision del concilio, si no desiste de sus pretensiones. ¡Qué tiempos! ¡Qué costumbres! ¡Qué situaciones políticas la del estado y la de la iglesia, tan lamentables y dificultosas!

En esta desagradable época, al fallecimiento de su buen padre Fernando el Justo, entró á reynar en los estados de Aragon, sin tener mas de 21 años de edad, en el de 1416, Alonso V, que la Providencia destinaba á tranquilizar la iglesia, y á echar los cimientos de la grande obra de la monarquía universal de las Españas, divididas hasta entonces en tantas coronas. Sí: Alonso V, que nació en Valencia¹ el año de 1395, el héroe de su siglo, el soberano mas illustre de Aragon, franco, consecuente, dotado de una elocuencia siempre victoriosa, hábil político, y sin embargo de eso, enemigo de cuanto tenia ayre de doblez, valiente y gran capitán, y eso no obstante enemigo de la crueldad, subió al trono en las deplorables circunstancias que acabo de manifestar.

Poco antes de fallecer, le dijo su buen padre, que, como á hijo mayor de su Real Persona, le correspondia la corona de Aragon, y le aconsejó, renunciase en su hermano Juan los derechos que la familia Real tenia en Castilla. Y su contestacion fué: "No ignoro, Señor, que, como á primogénito vuestro, me corresponde la corona de Aragon; mas si hallais conveniente para la felicidad nacional, que renuncie en mi hermano Juan, no solamente los derechos que me correspondan en Castilla, sino aun la coro-

1 Hay quienes dicen nació en Castilla.

na misma de Aragon, vuestra soberana resolucion será cumplida y egecutada con exâcitud y sin desagrado." Así respondió entonces; y consiguiente en sus dichos y hechos, nunca olvidó la recomendacion de su padre, antes bien á la hora de su muerte, llevó á efecto el promeimiento de su respuesta. ¡Tan grande era su piedad filial! ¡Tanta su veneracion á la memoria de Fernando el Justo!

Un nuevo reynado es¹ para las monarquías lo

1. Viera al fol. 9 del citado elogio de Felipe V se esplica de esta manera: "Cuando llegó el tierno momento de la separacion en que Luis XIV se despidió de nuestro Felipe V toda la numerosa corte, compuesta de algunos señores castellanos atraidos de la curiosidad, oyó aquellas postreras razones que el Rey de Francia dijo al de España, abrazándole estrechamente: *hijo ya no hay Pirineos*. Pensamiento sublime, que conmoviendo las entrañas de los circunstantes acordaba á Francia y á Castilla aquellos antiguos tiempos de alianza y amistad dirigidas á la mútua fortuna de ambos pueblos."

"Parte Felipe para venir á tomar posesion del trono acompañado de sus dos serenísimos hermanos los duques de Borgoña y Berri: ¿Sabes tú, (le decia este príncipe vivo y decidor al de Borgoña) sabes por qué nos hacen marchar á los tres hasta la raya de España? Pues no es mas que para hacer ver á los españoles que nuestro abuelo les ha dado el mejor."

"Viéronlo con efecto cuando recibido en el reyno con las mas vivas demostraciones de respeto y amor, entró en la capital, brillante á los ojos de la multitud, como un héroe cubierto de laureles, que vuelve en su carro triunfal, rompiendo por medio de los caminos embarazados de coches y de una caterva innumerable de personas de á pié, que instadas del cariño que la naturaleza, ha grabado en los corazones españoles á sus Reyes, corrian ansiosas hasta sofocarse precipitadas por ver la cara de un Soberano que adoraban con anticipacion. Los dotes y gracias naturales de Felipe, su fisonomía amable, su gallardo cuerpo, su edad florida de 17

*

mismo que la aurora para la naturaleza: parece que entonces se remozan y toman nueva vida los estados monárquicos. Las imaginaciones realzan el nuevo crepúsculo de felicidad, descubriendo un campo inmenso de esperanzas. Para el reinado de Alonso hacia concebirlas su alma grande, igualmente distante de años, sus modales acompañadas de dignidad, dulzura y benevolencia, todo contribuyó para que se ganase el concepto de la nación, y para que esta formase las mas lisongeras esperanzas de su gobierno."

Nada diré de la que se denomina *toda aquella numerosa corte* no siendo compuesta sino de *algunos* señores castellanos, y esos atraídos, no por las prendas personales de Felipe V, sino por la curiosidad: nada de *aquel pensamiento sublime*, cuyo fondo de elevacion y grandeza era falso como se vé al fol 26 del mismo elogio: nada de aquel postergar, debiendo haberse anticipado, el recuerdo de los *antiguos tiempos á la conmocion de las entrañas*: nada de aquella *fortuna* de ambos pueblos que algunos quisieran hubiese sido *felicidad*: nada de aquella vaga calificacion de *mejor*, que en una vista, por decirlo así, efímera, y pasajera en la raya de España, no podia recaer sino sobre la mera presencia personal: nada de aquel elogiar los dichos de *Luis XIV y su nieto el duque de Berri*, y no los del héroe Felipe V: nada de aquel *Francia y Castilla*, y no *Francia y España*, y mejor España y Francia: nada de aquel adjetivo *brillante*, que, conforme se halla colocado en el elogio de Felipe V, es aplicable al Rey y á la capital, ni del *carro triunfal*, que no indicaba victorias de ninguna especie, ni de aquella *vuelta* de Felipe, á que no habia precedido marcha ninguna dentro ni para fuera de España, ni aquel *romper por medio de caminos*, y no por medio de *coches y caterva de gentes de á pie amontonadas*, (pues sin duda no las habia á caballo) ni de aquella *instancia del cariño*, ni de *aquel cariño grabado en los corazones españoles á sus Reyes*, y no *cariño á los Reyes grabado en los corazones españoles*, ni de *tanta ansia, precipitacion y sofocacion por ver un jóven extranjero de 17 años*, adorado (si es verdad que lo era de aragoneses, catalanes, valencianos y otros españoles) hasta entonces á ciegas, sin conocimiento, sin méritos, ni motivo, ni de aquel envanastamiento,

aquella apatia, que deja envejecer los abusos, sin abolir ninguno, como de aquel torbellino que trastorna y confunde todo, sin mejorar nada. La agradable fisonomía de Alonso, aunque algo pálida, su airoso y bien formado cuerpo, su edad florida, ya próxima á la viril, sus bellas agraciadas maneras, con lacónicas discretas esplicaciones, espresadas en idioma muy puro nacional: su templanza en comer y beber, su liberalidad, su amor á la Religion: todo contribuia para que se grangease el concepto de sus vasallos y de los que no lo eran, y para que formáran las mas lisongeras esperanzas de su gobierno unos y otros.

Y ¿las frustró por ventura Alonso V? ¿Alonso V

del *qué*, en la segunda de las tres oraciones consecutivas de relativo, que empiezan, con la *vuelta del carro triunfal*. Nada diré acerca de estas y otras innumerables cosas semejantes; pero, sí, ruego se compare la *mera curiosidad*, de ver la entrada de un jóven estrangero aspirante á la corona, con las *esperanzas* que hacian concebir las prendas personales (bien conocidas anteriormente en su mismo país) del heredero presuntivo é indudable de la corona, hijo del último Monarca célebre de la nacion aragonesa, mozo ya de 21 años. ¿Es lo mismo alabar los dichos de Luis XIV y del duque de Berri, y alabar los corazones de los españoles, como se hace en el elogio de Felipe V, que alabar al héroe mismo á quien corresponde el panegírico, como se hace en el de Alonso V? ¿Quién marcha mas en regla? ¿El panegirista de Felipe V ó el de Alonso V? ¿Cual de los dos funda mas sólida y brillantemente el razonamiento retórico acerca de las esperanzas que se podian concebir de uno y de otro príncipe, al principio de sus respectivos reinados?

1 Al fol. 10 del mismo elogio de Felipe V por Viera se lee así: "Justificó el nuevo Monarca esta opinion pública desde los principios, mostrando bien unidas en su persona todas las heróicas prendas de los Reyes Austriacos de su nombre. Hermoso como el primer Felipe, pero mas varonil: prudente como el segundo, pero

batañador y al mismo tiempo *aficionado á la poesia*, como el primer Alonso de Aragon; y mas accesible y amoroso? ¿*Honesto* como el segundo, aunque menos desdeñoso? ¿*Liberal* como el tercero, pero mas moderado? ¿*Piadoso* como el cuarto, tal vez menos preocupado? ¿Las frustró?... Ya tomaba la pluma, ya desembainaba la espada: alternaba entre la dulce flexibilidad Italiana, y la amarga firmeza Aragonesa: trataba á todos los señores de su corte con agrado confidencial; y á los demas vasallos con aquella etiqueta y misteriosa ceremonia, indispensable en las monarquías para la conservacion del órden gerárquico: no acertaba á separarse de sus hermanos y cortesanos, y siempre andaba entre sus mas miserables vasallos. ¿Nó correspondió Alonso á las

mas humano: piadoso como el tercero, pero mas entendido: grande como el cuarto, pero mas feliz. Notóse con satisfaccion que sabia juntar los egercicios de la caza con los trabajos del gabinete, y alternar entre la ligereza del traje frances y la gravedad del español: que trataba á todos los señores de la corte con aquella bondad familiar que nada cuesta á la verdadera grandeza, desterrando así la etiqueta y misterio asiático de invisibilidad que los Austriacos afectaban: que comia en público y salia muchas veces para consolar y encantar con su vista á unos fieles vasallos que experimentaban la mas deliciosa emocion al considerarse obgetos de la dulce afabilidad de un Rey, de cuya voluntad pendia la suerte de tantos millones de hombres."

Parece mas regular en el elogio de un héroe la alternativa de la *dureza* y de la *flexibilidad*, que la *de la ligereza del traje frances* y la *gravedad del español*: así como parece mas propio y decoroso alabar en las monarquías absolutas la *etiqueta y misteriosa ceremonia*, que *ridiculizar la invisibilidad asiática de los predecesores*. Cotéjense con la debida atencion uno y otro pasage de los elogios de Felipe V y Alonso V.

esperanzas que concibieron de sus prendas personales?

Como era tan jóven, le aconsejaron, escogiese para ministros de su confianza siete sugetos temerosos de Dios, que sobresaliesen por sus luces y virtudes. Alonso alabó el consejo; mas añadió, que si llegaba á encontrar, no siete, sino un solo vasallo sin tacha, lo colocaria en su lugar en el trono. Decia, que era indigno de mandar el que no sabia vencerse; pero que tambien era cosa vergonzosa en un Monarca dejarse gobernar de sus ministros.

No hablaré de la educacion de Alonso. ¡Ah! Si la de las clases subalternas era entonces tan imperfecta en casi todas las naciones, ¿cuál habia de ser la de los príncipes? Aun no habia nacido el autor del *Telémaco*; y celebremos, que á Alonso hubiesen dirigido en sus estudios dos hombres tan insignes, como Antonio Palermo y Laurencio Valla. Antonio Palermo, que nos dejó escrita una obra sobre los dichos y hechos de Alonso, y sabedor de su pasion por los libros que trataban de sucesos de guerra, y de capitanes célebres, le restableció la salud con la lectura de Quinto Curcio en ocasion, en que fué á visitarle estando enfermo en Capua: y Laurencio Valla, eruditísimo griego, singular orador, gramático, retórico, filósofo, teólogo, jurisconsulto, que escribió tambien la vida y hechos de su augusto alumno: Laurencio Valla, á quien el deseo de ver restablecido el estudio legal á la magestad Romana, movió á declamar públicamente en Pavía contra el adorado Bártulo, esponiendo su propia vida, por combatir en defensa del buen gusto: Laurencio Valla, finalmente, con quien, no de otra suerte, que don Alonso I de Aragon con don Galindo de Arbos en

Siresa, nuestro héroe, sin embargo de tantos y tan delicados negocios á que tenia que atender, comenzó á aprender la lengua latina á los 50 años de su edad, habiéndola aprendido con tanta perfeccion, que tradujo al idioma vulgar las epístolas de Séneca el Filósofo, manifestando una completa noticia y manejo de ambas lenguas.

Nápoles y Sicilia, que por tantos títulos interesarán siempre al político, al erudito, al artista: aquellas deliciosas regiones, en que la naturaleza, de por sí tan magnífica, adornada por las artes de Grecia y Roma, ha resistido á tantas centurias de revoluciones sangrientas: Nápoles y Sicilia vieron á sus sábios y sus artistas constantemente protegidos por el augusto discípulo de Antonio Palermo y Laurencio Valla.

Su divisa era un libro abierto. Siempre llevaba consigo á todas sus expediciones las obras literarias de Julio César; y así como Tito daba por perdido el dia en que no dispensaba algun beneficio, así tambien Alonso estaba persuadido de que faltaba á sus obligaciones el dia en que no leía alguna obra literaria... ¿Qué digo el dia? De noche nunca dormia sin tener algun libro á la cabecera de su cama; y cuando se despertaba, se ponía á leer indistintamente al historiador, al poeta, al filósofo; sus soldados, penetrados de la aficion de Alonso á los mm. ss. procuraban encontrar cuantos podian para presentarselos, y fiel imitador del sábio Carlos III de Navarra, suegro de su hermano don Juan, buscaba y recogía las medallas de los Césares, é hizo construir una cagita de marfil para guardarlas. "Estos son, exclamó en una ocasion, estos son los gloriosos

modelos que miro de cuando en cuando; y conoço que encienden en mi corazon el amor á la virtud, y el deseo de la verdadera gloria." Así se crió y educó el alumno de Antonio Palermo y Laurencio Valla, Barones célebres, respetables nombres, que andarán siempre unidos á las glorias de nuestro Alonso V.

Soltero y naturalmente tierno y afectuoso, su padre el gran Fernando lo unió á una compañera amable, para que usase desde luego con ella de un trato familiar y sin ceremonia, y á su tiempo encontrase en sus prendas la distraccion de las penalidades anejas á la trabajosísima pension de reinar. Esta compañera de Alonso de Aragon, fue, desde el año de 1415 su prima la infanta doña María, hermana de don Juan II de Castilla, princesa de

1 Viera en el elogio de Felipe V al fol. 11 dice así: "Dueño Felipe ya de tan vasto imperio, jóven, humano, oprimido de los cuidados del trono, necesitaba de una compañera amable á quien comunicar el esplendor de la púrpura, con quien disfrutar el placer de un trato igual, y en quien depositar la diversion y el descanso de las penalidades anejas al terrible arte de reinar. Esta compañera que debía hacer feliz á un Rey, era la inmortal María Luisa de Saboya, prodigio de su sexô, princesa de 13 años, que adornada de hermosura, suavidad, talentos, gracias y valor, reinó siempre en el corazon de su esposo y de sus vasallos. Pero apenas la recibe el Rey en Cataluña, donde celebraba las tumultuarias cortes, infausto presagio de la cercana tempestad, tiene que separarse de ella para emprender su viage á Italia." La invencion se imitó, mas no se imitó la disposicion ni la elocucion de este pasage. Se omitió lo de *dueño de un vasto imperio*, ya porque no cuadraba á Alonso V; y ya porque aun respecto de Felipe V, desde luego se hizo litigioso el figurado dominio, por la horrosa tempestad que se refiere desde el fol. 12 de su elogio. Se suprimió la palabra *humano*, y se substituyeron las voces *naturalmente tier-*

gran valor y mucho gobierno. Pero ¿cómo había de tener sucesion en una hija de don Enrique III llamado el *enfermo*, el sano, el fuerte, el robusto Alonso V de Aragon, por jóven, tierno y afectuoso que fuera?

No hablemos, pues, mas, ni de su educacion, ni de su descendencia, ni de su casamiento, que iban en todas las clases y potencias con el siglo, es decir, con el estado político de moralidad y civilizacion de la Europa. Don Alonso, hijo de don Fernando, denominado el justo, primero de este nombre en Aragon, denominado antes el infante de Antequera, aquel príncipe singular, que, dotado de incomparable moderacion, no quiso admitir la corona de Castilla, propia de su sobrino y pupilo don Juan el II, cuando, despues del fallecimiento de don Enrique III, el *enfermo*, padre de don Juan, se la ofrecieron muchos grandes; don Alonso, repito, hijo de don Fernando I de Aragon, y de su muger doña Urraca, llamada despues doña Eleonor, con-

no y afectuoso menos vagas y mas propias para fundar en un jóven la necesidad de una compañera amable. No se adoptó la necesidad de comunicar el *esplendor de la púrpura*. En lugar de *terrible arte de reinar*, se puso *trabajosísima pension de reinar*, para allanar sin violencia el paso *al descanso y á la diversion* que se querían depositar en la amable compañera. Se desechó lo *immortal y prodigioso* de una niña de 13 años, que no se debian pretender en su tierna edad, y *mejor para descanso y diversion del terrible arte de reinar*, y se colocó en su lugar *una princesa de gran valor y mucho gobierno*, que eran *prodigios verdaderos y no figurados, cualidades inmortales* que correspondian al *magnánimo y sábio héroe*, á quien se los proporcionaba el gran Fernando adecuadamente, *para descanso y diversion de la trabajosísima pension de reinar á su tiempo*.

desa de Alburquerque y Montalvan, y señora de las cinco villas del Infantazgo de Castilla, la cual por ser tan poderosa, fué generalmente conocida por la rica-hembra, y que en realidad no fue menos rica en nobleza, virtudes y prendas personales, que en estados y bienes de fortuna; don Alonso, lo digo ya tercera vez, hijo de tales padres, ¿cómo no habia de llegar á ser sábio y magnánimo, cual le calificó la posteridad? Previólo su augusto padre, el gran Fernando, que, habiendo penetrado las bellas disposiciones de su querido hijo Alonso para llegar á ser un escelente Monarca, convirtió en el de *príncipe* el título de *duque* de Gerona, de que habian usado hasta entonces los primogénitos é inmediatos sucesores del cetro de Aragon.

Subió al trono don Alonso por fallecimiento de su buen padre, y no faltó quien, justamente resentido, aprovechó aquel instante de total libertad y poco miramiento, para señalar al nuevo príncipe, los instrumentos odiados, á los cuales imputaba sus agravios, ni quien, lleno de envidia y ambicion, usó las voces alhagüeñas del real servicio, y condenó sin distincion á todas las personas que veía empleadas en el timon del gobierno. Pero estas pasiones se agitaron en vano para dominar la grande, la hermosa, la noble alma de Alonso. Manifestó su consumada prudencia y generosidad en esta parte, cuando al ceñirse la corona, cierto cortesano le presentó una lista, que contenia los nombres de varios personajes que habian conspirado contra él. Alonso hizo pedazos la lista sin leerla, diciendo á quien se la habia entregado: "Yo les haré conocer, que cuido mas de su vida, que ellos mismos." ¡Qué gran-

*

deza de alma! ¡Qué espíritu tan noble! Conservó, pues, por un golpe de sabiduría singular, todas las autoridades y ministros de su Padre, que la política hubiera tal vez creído conveniente remover: y respetando así la memoria paterna, evitó los entorpecimientos, que suele padecer la administracion pública, en la mudanza de los que la dirigen: les obligó á servirle con mayor esmero; y sacó fruto de su esperiencia y talentos en bien de sus vasallos.

Tocábale por su nacimiento el trono de Aragon, y no quiso ser uno de aquellos Monarcas ociosos é inútiles á sus pueblos, cuyo reinado deja una triste laguna en la historia de sus naciones. Alonso V desde luego recorrió sus estados de Aragon, Cataluña, Valencia, é islas Baleares, dando providencias adecuadas á las circunstancias políticas, en que los hallaba, y estas providencias afirmaron mas y mas las esperanzas, que sus vasallos habian concebido por sus prendas personales.

En sus primeras deliberaciones de Aragon se le ofreció una, en que descubrió, sin violencia, cual otro Salomon, cierta verdad ignorada. Una esclava pide justicia contra su señor, de quien habia tenido un niño: se desdeña el señor de reconocer por suyo el hijo de su esclava: manda Alonso, se venda públicamente el niño al mejor postor: y el dueño de la esclava se opone á la venta, confesando ser padre del hijo litigioso. ¡Qué sagacidad! ¡Qué ingenio el de Alonso! Imitó á Salomon; mas no en lo sangriento de su ponderado juicio!

Nada diré de innumerables decretos dados en Ca-

I Afferte mihi gladium... Dividite infantem.

taluña. Solo en Tortosa y el año de 1420 dió dos providencias, á qual mas sábias. ¡Qué conocimientos geográficos en la una! ¡Qué ideas de la circulacion y del comercio exterior! ¡Qué aritmética política tan exácta y tan profunda! ¡Qué miramiento al derecho de reciprocidad con otras potencias! ¡Qué cautelas para conservar la independencia nacional! Pues ¿qué no admiraremos en la otra? El corso exígia ya la vigilancia del gobierno, pues aunque anteriormente se habian promulgado varios decretos Reales, á fin de asegurar el buen órden en el cuerpo de armadores, abusando ya estos de las facultades y gracias anejas á su oficio, iban degenerando, como era natural. Pero nuestro don Alonso mandó en Tortosa y año de 20, que todo corsario que quisiera armarse contra los enemigos de la corona, antes de salir al mar, diese fianza, y prestase caucion suficiente á los oficiales Reales de no cometer daño alguno contra los navegantes neutrales ó nacionales, y que en el caso de contravencion, los oficiales Reales pudiesen prenderlos y encarcelarlos hasta restituir los robos é indemnizar á los ofendidos; y para asegurar el cumplimiento de su providencia, prohibió que los oficiales Reales pudiesen tener parte ni hacer compañía con los armadores. ¡Tanta era su prevision! ¡tanta su propension, ya á precaver, ya á castigar los delitos!

A fin de visitar su estado de Valencia, como visitó los de Aragon y Cataluña, deseoso de animar la marina, se embarcó, y con este viage, aunque tan corto, al fin voluntario, espontáneo, y no de necesidad, cobró nuevos alientos la marina militar de su corona, á la qual abrieron, despues, una lar-

ga y brillante carrera de trabajos y glorias las repetidas espediciones catalanas, que dispuso para la deliciosa Italia.

En Valencia dió otra providencia como la de Zaragoza. Habiendo pasado con muchos de sus cortesanos á ver las preciosas alhajas de un mercader joyero, apenas hubo salido de la tienda, cuando el mercader se apresuró á alcanzar á su Soberano, quejándose de que le habian robado un diamante de mucho precio. Volvió á entrar Alonso en la tienda del mercader, y mandando traer una gran vasija llena de salvado, ordenó, que cada uno de sus cortesanos metiese en él la mano cerrada, y la retirase abierta, dando él mismo el egemplo. Despues que todos hicieron esta diligencia, mandó al joyero, que vaciase la vasija sobre la mesa; y por este medio se halló el diamante, sin que ninguno quedase deshonorado.

Protector de las letras, y deseoso de restaurar los antiguos establecimientos, destruidos en tiempo de don Martin y don Fernando, hizo tambien, desde luego, quanto pudo, á fin de que el célebre don Enrique de Villena, poeta y hombre docto, repusiese el colegio, consistorio ó academia de mantenedores y trovadores de Barcelona: le nombró para ello presidente de aquel cuerpo literario: le obligó á escribir la *Gaya ciencia*, de que el erudito Mayans nos ha conservado algunos copiosos fragmentos en sus orígenes de la lengua castellana ¹. De modo, que no solo honró y promovió en Italia las letras, como veremos mas adelante, sino que tambien procuró, des-

1 Tom. 1. pág. 321 y siguientes.

de los primeros años de su gobierno, aumentar su esplendor en España.

De esta manera empezó á animar, desde el principio de su dichoso, célebre y largo reinado, todos los manantiales de la felicidad pública, ciencias, artes, industria, comercio, agricultura, marina, union y hermandad entre sus vasallos, concediendo una amnistía ú olvido de todo lo ocurrido en sus provincias de esta península en los dos reinados anteriores, y dando, á mas de eso, para todos los ramos, y para todos sus dominios, la sábia providencia general, de que los gobernadores de las provincias y ministros de sus Tribunales no observasen ni ejecutasen decreto ninguno suyo, que advirtiesen que era contrario á las leyes ó á la equidad, porque muchas veces sucedia, que la importunidad de las partes fuera motivo de expedirse órdenes, no arregladas á lo que convenia y parecia justo; y en tales casos era necesario obedecerlas, como en los demas, pero suspender su cumplimiento, representando al Rey las causas de esta dilación hasta nueva orden.

A poco tiempo, llevado de aquel mismo vehemente anhelo de promover el bien público, que manifestó en la visita de Aragon, Cataluña y Valencia, pensó en dejar su estado de quietud y tranquilidad, separarse de sus amados pueblos de la corona de Aragon que le adoraban, y entregarse, por hacerlos felices, á los riesgos y privaciones que se experimentan frecuentemente en el terrible, horrendo elemento del mar. Apenas fué promulgado Rey de Aragon, Cataluña, Valencia, islas Baleares, Sicilia y Cerdeña, consideró, como alguno de sus predecesores,

que le faltaba poseer la isla de Córcega, para reunir el imperio del mediterráneo, y estender el comercio de la corona de Aragon, y resolvió atacar aquella isla, perteneciente entonces á los genoveses, aliados de la casa de los duques de Anjou, y enemigos declarados de la corona de Aragon. Y ¿cómo era posible, que ánimo tan generoso, tan humano y tan amante de sus vasallos, sofocase los resentimientos, apenas estinguidos, de las anteriores hostilidades, á vista del reciente insulto hecho á una nave fletada por el Rey, cargada de preciosos efectos, en la cual los genoveses, no contentos con haberla abordado y rendido, egercieron en los mercaderes y la tripulacion la crueldad de matarlos y arrojarlos al mar?

Principiamos ya la época larga de inesplicable actividad y trabajos, en la que, atónita la Europa, vió, con grande admiracion, una continuada série de expediciones contra los genoveses y contra sus aliados los pisanos, los venecianos y el duque de Anjou, pues la prosperidad y dominacion de Alonso en Aragon, Valencia, Cataluña, Mallorca, Sicilia, Nápoles, Cerdeña, Córcega, Toscana, llegó á escitar con el tiempo en los aliados la rivalidad, y en los genoveses el ódio contra la corona de Aragon, única Potencia, que podia disputarles la navegacion y comercio, y abatirles su poderío. En este dilatado espacio de tiempo desplegó Alonso, luchando con su vária fortuna, toda su sabiduría y toda su magnanimidad.

Pero antes de emprender su viage á Córcega, concedió en 1419 seguridad, inmunidad y salvo conducto á los deudores, que voluntariamente se alistasen en la Armada, con que iba á Córcega, Sici-

lia y Cerdeña, declarando en 1424 por lo que le habia enseñado la esperiencia de cinco años, no se comprendian en está gracia los demandados por deudas dimanadas de cambios, encomiendas y otros actos mercantiles, marítimos ó terrestres; y creó, con sábia prevision y grandes designios, el tribunal del Almirantazgo, siendo Alonso el primer Rey de Aragon, que estableció en sus estados un cuerpo privilegiado de Armada Real, cuyo gefe fuese el almirante con varios oficiales y ministros de su jurisdiccion en los departamentos de la marina. ¡Qué órdenes tan oportunas! ¡Qué estimulo en la primera para el enganche en el servicio de la marina! ¡Qué restriccion tan prudente, tan favorable al comercio en la segunda! ¡Qué genio criador, tan hábil y tan político en la última!

Despues de dar estas y otras admirables providencias, partió Alonso en persona con una gran escuadra, desde el puerto de los Alfaques, para Córcega. Llega á la isla: se apodera de la mayor parte de ella; y pone cerco al castillo de Bonifacio, cerrando de esta suerte su puerto, que defendian los genoveses. Entonces fué, cuando un oficial de marina genovés, íntimamente persuadido de la magnanimidad, sabiduría y política de nuestro héroe, decía á sus compatriotas, lléno de pavor y prevision: "Si teneis pensamiento de defender vuestras propias murallas, y no sufrir el dolor de ver el genovesado, incorporado á Cataluña, socorred á Bonifacio." Pero no por la resistencia del castillo de Bonifacio, sino por la esperanza de otra conquista mas importante, se decidió Alonso á evacuar la Córcega, sin haber sacado en aquella ocasion, otro fruto de su conquista,

que el de inspirar á los genoveses un ódio, que despues le fue bien fatal.

¡La esperanza de otra conquista mas importante! Pero ¡qué costosa! Martino V, nombrado por aclamacion sumo Pontífice en el mismo concilio Constanciense, en que fué ex-comulgado y depuesto don Pedro de Luna, malquistase con doña Juana II, Reyna propietaria de Nápoles, la declara privada del Reyno, y tan afecto á la casa de Luis III, duque de Anjou, como desafecto á la de Alonso V, Rey de Aragon, espide título de Rey de Nápoles al duque de Anjou. La declaracion de Martino V causó para doña Juana II la pérdida de la ciudad de Aversa; y levantados igualmente los pueblos de la costa de Melvi, el duque de Milan Francisco Sforzia, caudillo de los insurgentes, entró en Nápoles con mano armada, entregando á saco muchas casas acaudaladas, particularmente catalanas. Aunque hubo un tiempo, en que los italianos manifestaron mas repugnancia á la dominacion francesa, que á ninguna otra estrangera, y la gravedad española se habia amalgamado mucho mejor con los modales ceremoniosos de los italianos, que el buen humor frances, algo inclinado á la galantería, y á la ligereza, y poco atento al decoro, los duques de Anjou, por la suavidad y equidad con que gobernaban sus estados de Francia, habian ya debilitado y enervado visiblemente la aversion de los napolitanos.

En las críticas circunstancias, en que se hallaba la Reyna doña Juana II implora, el año de 1420, por medio de una solemne embajada, los auxilios del valiente y poderoso Soberano de Aragon Alonso, que estaba en la espedicion de Córcega, ofre-

ciendo adoptarle por hijo y nombrarle heredero de sus estados, si queria defenderla. No podia haber escogido la Reyna en aquella época, para protector y heredero, otro potentado mas capaz de sostenerla y ampararla contra tantos y tales enemigos. Don Alonso era el mas poderoso de todos los príncipes, cuyas escuadras surcaban el mediterráneo: ninguno tenia soldados ni marineros como los suyos, tan experimentados, tan cautos, tan instruidos; y era demasiado político, para despreciar la herencia de una península, que, con su marina catalana, valenciana y mallorquina, le hacia dueño de los tres mares de Italia.

Consulta el punto el sábio Monarca con los de su consejo: le esponen, que si entraba en el partido de la Reyna doña Juana, se embarazaría en una guerra peligrosa, en la que no se esperaba feliz éxito. Pero Alonso les replicó: "Si negase mi socorro á una muger, y Reyna, y afligida, ¿no me vituperaria todo el mundo con razon? Bien conozco, que me empeño en una cosa muy arriesgada, pero en cualquier evento, será gloriosa para mí. La fama no se adquiere sin mucho trabajo y sin esponerse á grandes riesgos." ¡Tan nobles fueron siempre sus sentimientos para con los afligidos! Carlos VI de Francia, en otra ocasion, le pidió, no emplease sus armas contra él en el Langüedoc, mientras hacia la guerra al Rey de la Gran Bretaña; y aunque el derecho de Alonso al Langüedoc era incontestable, ofreció desde luego, no hacer nada contra Carlos, mientras se mantuyese en estado de guerra con la Gran Bretaña. El favorecer la humanidad afligida era su carácter.

Prometió, pues, Alonso á los embajadores de do-

*

ña Juana, que inmediatamente socorreria á la Reyna. Deseosa esta princesa de mostrarse agradecida á nuestro Alonso, le adoptó por su hijo, nombrándole sucesor en la corona de Nápoles, y Alonso, en lo mas vivo del cerco del castillo de Bonifacio, destacó á aquella ciudad diez y ocho galeras y cuatro galeotas para auxiliar á la Reyna doña Juana, que habia implorado su proteccion.

Despues de haber señoreado aquella division los mares Ligustico y Pisano, su general Perellos ó Periscon se presentó con ella en Nápoles, como un libertador enviado por Alonso, y despues de haber batido las fuerzas terrestres de Francisco Sforcia, y las marítimas de Luis de Anjou, se apoderó en nombre del Rey su amo, de las dos fortalezas de Lobo y Castilnuovo, que, en el tratado de alianza ofensiva y defensiva, habia ofrecido doña Juana entregar á don Alonso. Seguia el Rey á Perellos, y aportó á Nápoles con la brillante armada que le servia en la expedicion de Córcega, armada que se reforzó con otra que llegó en sazón desde Barcelona á las órdenes del capitan general don Ramon Folch, conde de Cardona.

La Reyna doña Juana, en cumplimiento de sus tratados con Alonso, y en fuerza de su gratitud y buena correspondencia, ratificó la filiacion y prohibamiento, dando á nuestro don Alonso la investidura y posesion de duque de Calabria. Esto no es nada extraño. Pero ¡qué asombro! Martino, el mismo Papa Martino, que causó el rompimiento entre el duque de Anjou y el Rey don Alonso, confirmó todo ello, asintió, lo aprobó, lo ratificó, lo revalidó. ¡Quién tuviera la afluencia é ingenio de un Ciceron en elo-

gio de César, ó de un Plinio en el de Trajano, para hablar aquí dignamente del agradecimiento de Alonso á la Reyna doña Juana, su fidelidad á los tratados, y el sumo grado, en que poseía el arte tan dificultoso, de hacerse amar y temer, y de conciliar los intereses mas encontrados!

Dueño ya de todas las plazas invadidas por los duques de Anjou y Milan, durante la campaña, sentía Alonso, le hubiesen obligado á desolar aquel hermoso reino; y aprovechándose de la escuadra que tenía en Nápoles, se hizo á la vela con la Reyna doña Juana, Juan Caracciolo, gobernador del reino de Nápoles, y los principales señores de él, con rumbo para Gaeta: en cuyo viage algunos de sus cortesanos le aconsejaron, lleváse á Sicilia á doña Juana, y se haría dueño del reino de Nápoles sin riesgo ni oposicion. Pero ¡á quien proponían esto! El sábio, el magnánimo Alonso les advirtió "que de España había salido para adquirir una verdadera y sólida fama, y no para degenerar de sus mayores y deshonorarse con traiciones é infidelidades; y que para merecer gloria, era preciso hacerse digno de ella con virtudes sólidas, y hazañas notables." ¡Qué grandeza de ánimo! ¡Qué modo de pensar tan noble! ¡Tan generoso!

Apenas llegó á Gaeta, cuando se pasaron á su partido muchos caballeros principales del reyno, que anteriormente se habian declarado por el duque de Anjou, y Alonso los indultó al momento por su pasada rebelion. Mas éste fué un motivo de disgusto para la Reyna, la cual deseaba ver castigados sus enemigos. Por otra parte Caracciolo, que hasta entonces habia gobernado el reino de Nápoles, casi con

una total independencia, se hallaba desairado, sonrojado, colérico, y en algun modo, lleno de indignacion y de ira, de que su poder no fuese ya tan absoluto desde la llegada de Alonso, y comenzó á fomentar en la Reyna despégo, y aun odio y aversion ácia el Rey, persuadiéndola, intentaba llevársela á España, para quedarse único señor del reyno de Nápoles; y así, dejando á Alonso en Gaeta, se escapó doña Juana, sin ser vista, á Puzol, y de allí se fué en derechura á Nápoles.

Con esta novedad concurrieron muchos príncipes y gobernadores de las provincias y fortalezas de aquel reino á prometer á nuestro héroe, que le harían dueño de todo él, á pesar de doña Juana; y el grande Alonso les manifestó: "que estimaba infinito la inclinacion que le mostraban; pero que no aceptaba la promesa, porque, ni aun el imperio del mundo entero, aceptaría, habiendo de costarle su honor y su reputacion: que estaba resuelto á no gozar del reyno de Nápoles, sino cuando la Reyna, su augusta madre, se lo entregase, y lo pudiese poseer con justo título. "Y ¿quedó en esto su magnanimidad, su piedad filial, su justificacion, su rectitud?"

Apoderado de la isla de Ischia, se presentó en Nápoles á ver á la Reyna, y disuadirla en persona, (ya que no pudo conseguirlo por medio de sus embajadores) de las falsas impresiones que la habían inspirado contra su conducta; pero doña Juana, por evitar una entrevista, se fue á Cápua; con cuyo motivo Alonso puso en un castillo á Caracciolo, y se trasladó á la ciudadela de Cápua, siguiendo á la princesa. Mas doña Juana, por no dejarse ver de Alonso, ni aun en Cápua, mandó quitar el puente levadizo

de la fortaleza, pasó luego á la ciudad de Aversa; recurrió, para vengar la figurada injuria de la prision de su favorito Caracciolo, al mismo duque de Anjou, contra quien habia combatido hasta entonces, declaró á Alonso privado de la filiacion, y de la futura herencia, prohibió nuevamente al duque de Anjou, y en suma hizo cuanto pudo, para apurar toda la paciencia de don Alonso. Trábase con estos antecedentes una batalla entre las tropas del Rey, las del duque, y las de la Reyna en las mismas calles de Nápoles. Alonso es rechazado al principio con gran riesgo de su vida; pero llégale á tan buen tiempo el socorro de una escuadra de España, que, vencedor al fin, se hace dueño de la capital.

Amaba tiernamente nuestro Alonso á su hermano el infante de Aragon don Enrique, maestre de Santiago, y tuvo, en circunstancias tan delicadas, la noticia de que este señor habia sido preso por su primo y cuñado don Juan II Rey de Castilla, con cuyas hermanas doña María, y doña Catalina se hallaban casados ambos hermanos: y Alonso, que distinguia de deberes y obligaciones, y siempre disponia con anticipacion los momentos de obrar oportunamente, hace luego la paz con doña Juana: ordena, que su hermano el infante don Pedro pase desde Barcelona con una buena escuadra á Nápoles; y dejando allí en su lugar á este infante, acompañado de Antonio Luna, para gobernar lo de Nápoles en su ausencia, parte para España, volviendo de cuando en cuando los ojos, encendidos de cólera y de indignacion, á las costas del reino que dejaba. ¿Quién sino Alonso, el solícito Alonso, hubiera sido capaz de emprender, en las circunstancias en que

se hallaba aquel Monarca, un viage marítimo desde Nápoles á España, solo por proteger á su amado hermano, el maestre de Santiago, don Enrique, y á su prima y cuñada la infanta de Castilla doña Catalina?

Siempre político, y siempre con la atencion en mil cosas á un mismo tiempo, navega costeando la Provenza: hace un desembarco en Marsella, que pertenecía á su rival el duque de Anjou; y menos desgraciado que el célebre emperador Carlos V cuando, hallándose apurado en la Provenza, atacó el año de 1536 á Arlés y á Marsella, y las guarniciones de estas dos ciudades le obligaron á retirarse con menoscabo de su reputacion, y no sin pérdida de gente, nuestro Alonso se apodera de Marsella, y permite en ella el saqueo, tomando medidas de seguridad contra el ímpetu ardiente de la soldadesca en favor de las iglesias y las mugeres. Agradecidas éstas, le hacen un rico presente: lo rehusa el magnánimo Alonso, y las dice: "Yo me véngo del duque de Anjou, como príncipe; no he arribado á Marsella para hacerla guerra como bandido." ¡O palabras, dignas de esculpirse en mármoles y en bronce! Bien pudo exîgir crecidas sumas á los habitantes; pero se contentó con el cuerpo de san Luis, preciosa reliquia, que consideró, no quedaba, como debia, en una ciudad vencida y saqueada.

Llega á Barcelona en diciembre del año de 423, y los barceloneses le reciben con mil festejos. Mas Alonso, penetrado de que debe dudar de sus aciertos, por mas que se haga rodear de sábios ministros, el príncipe, que, ántes de todo, no busque al Rey de los Reyes, hace su brillante éntrada, diri-

giéndose por diferentes calles, primero á la iglesia, donde implora los divinos auxilios para gobernar sus pueblos en paz y con justicia, y despues á palacio en medio de innumerables vasallos.

El dia siguiente, acordándose de la ingratitude de doña Juana, pone en la Atarazana seis quillas de galeras, dando en cada una el primer martillazo, é influye, para que el Ayuntamiento ponga otras seis, y no contento con esto, asiste á la bendicion de todas, cuando se acabaron de construir. Tales actos en Alonso, al paso que aumentaban sus fuerzas navales, iban dirigidos á honrar y animar la marina, y no podian dejar de producir las provechosas consecuencias que se proponia el sábio Monarca. A la verdad, ¿con qué otro objeto practica en la China todos los años el Emperador el cultivo de la tierra, guiando con su propia mano el arado, si no el de dar fomento y aprecio á la agricultura? ¿por qué otro medio tiene ésta en aquel imperio tan alta estimacion?

Dispone, en fin, Alonso una buena escuadra, que, con mucha gente de desembarco, pasára á socorrer al infante don Pedro, bloqueado y estrechado en los castillos de Nápoles; y con este oportuno socorro, recobra aquella turbulenta capital. ¿Se encuentran en la historia de las naciones muchos egemplares de amor fraternal, como el del Rey Alonso á sus amados hermanos los infantes don Enrique y don Pedro?

Apenas llegó á España, el conde de Pallant Rugero le ofreció matar con su propia mano al Rey de Castilla don Juan, y la respuesta de don Alonso fue: "Jamás penseis en tan horrible atentado, pues

aun cuando de su egecucion me hubiese de resultar la posesion del reino de Castilla, y lo que es mucho mas, la soberanía del Universo, no lo consentiria." Así sus vasallos le seguian por todas partes con el anhelo de ver á su adorado príncipe, al desinteresado Alonso, al magnánimo Monarca, al hombre de su siglo, y parece que en la efusion de su gozo le decían: "Muchas cosas habiamos experimentado antes que te fueras á Italia: muchas mas habiamos oido de tus régias prendas y sabiduría desde tu ausencia. Apenas acertábamos á creer lo que nos contaban; pero has regresado á tus estados de España, y vemos con nuestros propios ojos, que tus virtudes régias esceden á lo que de tí pública la fama."

Desde que Alonso saltó en tierra de España, todo mudó de aspecto en esta península. El Rey don Juan de Castilla le envió personas que le diesen el parabien de su llegada, é inmediatamente la infanta doña Catalina se refugió en Valencia; y aunque su hermano don Juan la reclamó, el Rey don Alonso, que no ignoraba los deberes de hospedage, asilo y parentesco, se negó á su entrega con atentas, justas y políticas razones, hasta que con sus buenos, amistosos oficios, consiguió por último, que el Rey don Juan II de Castilla se reconciliase con su hermana la infanta doña Catalina, y la recibiese con cariño, y que pusiese en libertad al infante, maestro de Santiago, don Enrique. De esta manera premiaba el Cielo las virtudes del Rey don Alonso. Apenas se trasladó de Barcelona á Tarazona, cuando se encontró con su hermano el célebre don Enrique, libre ya de la prision, en que hasta entonces le habia tenido el Rey don Juan, su primo y cuñado.

Considérese cual sería el gozo de Alonso, que sin otro objeto, que el de recabar esta libertad, habia hecho tantos y tales sacrificios.

No por esto se habia olvidado de su reino de Nápoles. Destaca luego á las órdenes del capitán general don Ramon Folch, conde de Cardona, otra escuadra de socorro para su hermano el infante don Pedro, que se hallaba en Castilnuovo, adonde se habia retirado, á resultas de haber entregado, por traicion, la plaza de Nápoles á doña Juana y al duque de Anjou, su gobernador Jacobo Cadola; y desembarazado de los negocios de España, su prudencia, su política, su amor fraternal, que le obligaron antes á dilatar la bien merecida correccion de la ingrata, de la inconstante doña Juana, le obliga ya tambien á marchar ahora para su reino de Sicilia, con el fin de ponerse á la frente de sus tropas, y pasar desde allí á la conquista del reino de Nápoles.

Conozco ¡ magnánimo Alonso, conozco que mi pluma no es capaz de pintar aqui debidamente aquella lucha interior de pasiones y afectos que sentiste,

1. Viera en el citado elogio de Felipe V, fol. 21 se explica de la manera siguiente: ;O sombra Real! ;Sombra augusta! ;Alma generosa de Felipe! Perdona si mi tibia voz no sabe ser aquí digno intérprete de aquel consuelo intimo que sentiste cuando enternecidos tus vasallos, palpitádoles el pecho y anudadas las lenguas, no pudieron responder á estas palabras sino con sollozos, suspiros, ademanes y lágrimas de gozo. Júzgue el lector si son ó no viciosos los tropos seguidos y amontonados de *tibieza*, *voz*, *saber*, y si hace honor al héroe la *tibieza del orador en su elogio*: juzgue cual de los dos Monarcas resulta mas elogiado, si el *consolidado*, ó el que *sufre una lucha interior emanada*, por

*

cuando, publicada ya tu soberana resolución de irte á Italia, tus vasallos de la corona de Aragon no pudieron menos de manifestarte disgusto y descontento. No me empeñaré en el asunto. Baste por ahora decir, que te viste agitado de obligaciones entre sí contrarias, por una parte de marcharte para Nápoles, y por otra de no moverte de tus estados de la corona de Aragon. Tú, en tamaña lucha interior, en tanta afliccion, congoja y amargura, tomaste el partido, que correspondia á tu fama y tu reputacion, cual era el de sobreponer tu sabiduría y tu grandeza de ánimo á tu sensibilidad, saliendo para Italia: y á este fin dispusiste sábiamente, que la Reyna doña María se quedase con la regencia de la corona de Aragon. ¡O magnánimo Alonso! ¡O padre de tus pueblos!

Empero admirémosnos del influjo de la voluntad de un Monarca respetado, en las operaciones y sentimientos de su pueblo. Cuando se hicieron públicas tus sábias, heróicas, últimas determinaciones, Soberano adorado, todos tus leales vasallos presuro-

una parte del amor á la gloria y al cumplimiento de los deberes, y por otra de la pesadumbre de alejarse de sus vasallos, aunque momentáneamente, y si es mas propio de un elogio el que una voz tibia sea intérprete de un consuelo íntimo, ó el que una pluma no sea capaz de pintar la lucha interior de dos afectos, si no contrarios, á lo menos diversos.

Este pasage parece tomado del fol. 21 del elógió de Felipe V por Viera; pero ¡qué diferencia de uno á otro! Viera dijo: "de uno en uno postrados á tus pies, te fueron prometiendo derramar hasta la última gota de su sangre para conservarte la corona: de uno en uno los fuertes y los débiles corrian alegres á tu campo para formarte mejor ejército, y levantar al rededor de tí una trinchera de corazones. Tu viste crecer por todas partes este entusiasmo castellano; de que se gloria

sos te prometieron con entusiasmo conquistar el reino de Nápoles. Tú mismo viste propagarse este entusiasmo por todas partes súbitamente. Barcelona te ofreció una respetable escuadra: tus reinos de Aragón, Valencia y Cataluña, gente y dinero: Tu hermano Juan, Rey de Navarra; tu hermano Enrique, maestre de Santiago, todos te seguirán; en fin, tú te harás á la vela, servido y aclamado como siempre y en todas partes.

Por junio del año de 424 se pasó revista á la escuadra, con que el Rey debia volver á la empresa de Nápoles; pero entretanto que llegaba el momento de la partida, cuatro dias despues de la revista, hizo salir Alonso la armada desde la playa de Barcelona con rumbo á Berbería, siendo su general don Fadrique, conde de Luna, y por setiembre, inmediatamente que tuvo noticia de que en el mar de las Medas se habian avistado de veinte y tres á veinte y cuatro galeras, que se presumia formasen la escua-

la nacion: los reinos de Andalucía te dieron cuatro mil caballos y catorce mil hombres de milicias: los sacerdotes, los obispos, los religiosos y hasta las mugeres y los niños combatieron alguna vez por tu nombre, por su religion y por su patria: en fin tú volviste á entrar en tu corte triunfante, servido y aclamado como la primera vez."

Dejemos á un lado lo de *ejército mejor y la trinchera de corazones y el crecimiento del entusiasmo*, y todo, tanto con débiles como con fuertes. Tampoco nos detengamos en aquel gloriarse de la *nacion española toda* del entusiasmo *castellano* que iba creciendo por todas partes. Pero ¡qué ideas tan diferentes escitan un guerrero por quien tienen que combatir sacerdotes, obispos y religiosos, mugeres y niños, y otro guerrero, en cuyas banderas se alistán, y á cuyas órdenes marchan reyes, grandes, maestros de órdenes militares y otros célebres personajes, que por su categoría debian llevar consigo un considerable séquito de veteranos!

dra de los genoveses, despachó por las costas de levante y poniente dos correos avisando á todos los pueblos la novedad, y ademas un falucho á Mallorca con la misma noticia para los jurados, previniéndoles diesen igual aviso á las islas adyacentes. No se contentó la vigilancia militar de nuestro héroe con estas medidas. A mas de eso mandó desparramar varios faluchos de noche por la mar para acechar, espiar, averiguar las fuerzas, el rumbo y las miras de la escuadra sospechosa. Ultimamente, hizo que se le presentasen todos los gremios de la ciudad con sus armas, y los repartió por toda la ribera del mar y por todas sus plazas desde el Espolon de san Daniel hasta el de la Atarazana, donde velaron de noche con grandes fuegos. ¡Tanta era su vigilancia militar, y tal su genio activo, cauteloso!.... Pero llega ya el tiempo de embarcarse, el Rey se prepara ya para emprender el viage á Nápoles sin pérdida de momento.

Cuando considero á Alonso ocultando, en cuanto era posible, el dia de su partida, para sustraerse á un pueblo inmenso, que en la expansion de su ternura, quisiera embarazarsela: cuando veo á aquel buen pueblo entregarse á las espresiones del dolor mas puro, y mezclar, entre sollozos y lágrimas, los mas tiernos deseos por la vida y prosperidad del Monarca que le deja: cuando le veo seguir desde la orilla con los ojos y con el corazon la escuadra que le arrebatata toda su felicidad: cuando me imagino esta patética escena, este verdadero triunfo de las virtudes de Alonso, tengo por superfluo registrar los historiadores de la corona de Aragon, para saber como la gobernó. El amor de los pueblos es el único

testigo que oye la posteridad, cuando juzga á los Reyes.

En los momentos de partir ya de Barcelona, su propension á sostener el comercio, la indicó en una Real cédula, en que, entre otras, se encuentran aquellas memorables palabras. "No olvidamos el cuidado y vigilancia que merecen la defensa, conservacion y aumento del arte mercantil, sobre el cual descansa casi toda la cosa pública, no solo de esta ciudad (de Barcelona), sino de nuestros reinos y tierras:" palabras memorables, que recordó despues desde Nápoles en 1444 en otra Real cédula en que dijo: "Atendemos á que la principal utilidad, así pública, como privada, gira sobre la navegacion mercantil."

Partió, pues, el Rey desde Barcelona el año de 1432 para Sicilia, donde premeditaba disponer nuevas expediciones antes que la de Nápoles, y arribó á Mesina: pasó de allí á Siracusa, y habiendo juntado de esta manera una formidable escuadra, y afirmado su autoridad en Sicilia, en Cerdeña, y aun en Córcega, aportó á Malta para emprender desde aquella isla la conquista de la de Gerbes, que al fin redujo, consiguiendo del Rey de Tunez una victoria completa, y enriqueciéndose con sus despojos. Vuelve desde la isla de Gerbes á Sicilia, con el fin de estar cerca de los partidarios que le habian quedado en el reino de Nápoles, los cuales, cuando murió la Reina doña Juana en 1435 tomaron las armas en favor de nuestro Alonso, y alentado con esta buena disposicion de ánimos, resuelve apoderarse de Cápua y sitiár á Gaeta, cuya posesion le habría asegurado la conquista de Nápoles, y manda,

que á este fin salgan la escuadra y el egército con rumbo para aquella capital.

112 Pero Monarca augusto, ¿qué necesidad hay ya de que dirijais vuestro rumbo ácia aquel reino? ¿No será mejor restituiros á vuestra corona de Aragon? Ha muerto ya Luis, duque de Anjou el año de 34 y le ha sucedido su hermano Renato, duque de Lorena, prisionero en poder del duque de Borgoña: acaba tambien de morir en este de 35 la Reyna doña Juana, y se han dividido sus vasallos, unos por vos, y otros por Renato. La numerosa regencia del reino rehusa por sucesor de doña Juana, al que ha nombrado por tal el Papa Eugenio IV. Entre los enemigos coligados apenas quedan ya quienes se atrevan á continuar en sus planes guerreros: novedades políticas, que han hecho mudar los planes de las negociaciones. ¿Qué obgeto os lleva ya á Nápoles? ¿Por qué no confiais la empresa á uno de vuestros hábiles generales? ¿Por qué os haceis sordo á los clamores de vuestros aragoneses? ¿Por qué no volveis á Barcelona? ¿Por qué os quereis esponer á nuevos trabajos y peligros?

¡Nuevos trabajos y peligros!... Nuevos trabajos y peligros eran los que deseaba, buscaba, solicitaba el magnánimo Alonso por la felicidad de sus amados pueblos. Quería estrechar los vínculos entre la corona de Aragon y la ultramarina de Nápoles: quería dejar vindicado su honor: quería transmitir el imperio de Nápoles á su hijo Fernando. Entonces fué, cuando á un anciano, que proporcionando cierta mañana una larga conversacion con el Rey, se empenó en disuadirle de estos planes, y á medio dia en la mesa se disculpaba de su aficion al vino, di-

ciendo, que el vino es la leche de los viejos... “y la gloria el pan de los Reyes” le replicó Alonso seca y sucintamente. ¡Qué espresion tan propia de la Magestad, tan energica, tan oportunamente alusiva á la conversacion de la mañana entre el Soberano y su vasallo! Lléga al reino de Nápoles: toma á Cápua: estrécha sobremanera á Gaeta: la guarnicion acosada del hambre, arroja de la plaza los viejos, las mugeres y los niños: el egército pide á Alonso, que los haga volver adentro para apresurar la rendicion de la plaza; y el Monarca responde: “Mas quiero no tomar la ciudad, que ser inhumano. ¿Pensais, que he venido á hacer la guerra á las mugeres, á los viejos y á los niños?” ¡O guerrero sin igual! ¡O espíritu privilegiado! ¡O sublimidad del alma de Alonso!

Mientras pasaban estas cosas¹, las Potencias de los mares Mediterráneo y Adriático, que no podian

1 Viera al fol. 12 del citado elógió de Felipe V se explica así: Aunque casi toda la Europa le habia hasta entonces reconocido por sucesor y legítimo heredero de Carlos II no podia ver sin estremecerse, que un nieto de Luis XIV fuese á un tiempo dueño de la España, de las Américas, de la Italia y de los Países-Bajos.

¡Qué de equivocaciones históricas en tan pocas palabras! tan lejos estaba casi toda la Europa de reconocer hasta entonces á Felipe V por sucesor y legítimo heredero de Carlos II, que por el contrario dos años ántes del fallecimiento de éste firmaron en el Haya los embajadores de la mayor parte de los príncipes de la Europa un proyecto de particion de la monarquía española, y por la inopinada muerte del príncipe electoral de Baviera, heredero presuntivo del Rey católico, se formó otro el año siguiente, por el cual se adjudicaban al archiduque de Austria, hijo del emperador Leopoldo, los reinos de España y de Indias: de modo, que hasta la paz de Utrech del año de 1713 no quiso reconocer la mayor parte de la Europa á Felipe V por legítimo y verdadero Rey de España é Indias. Y sobre todo ¿qué gloria, qué

sufrir, que Alonso el sábio, el magnánimo, llegase á ser á un mismo tiempo, dueño del reino de Nápoles, de Sicilia, Cerdeña, Córcega, y de toda la corona de Aragon, tratan de una nueva coalicion¹. El duque de Anjou, cuya casa habia sido postergada en la sucesion de la corona de Aragon al fallecimiento del Rey don Martin, lisonjeándose de poder conquistar el reino de Nápoles, fué quien acaloró á las potencias marítimas.

La señoría de Génova², resentida de la última

elógio resulta á Felipe V del *estremecimiento* que se supone causaba su *ascendéncia*?

1 Esta es otra imitacion de Viera al fol. 12 del citado elógio de Felipe V. Viera dice asi: "Leopoldo emperador altivo, Leopoldo cabeza de la rama de Austria Alemana, Leopoldo émulo personal de los Borbones cuyas glorias le fatigaban, ufano con un egército de cien mil hombres mandados por los grandes generales que habían humillado al turco y pacificado la Hungria: ofendido de que no hubiese entrado en su familia el imperio español, que creía vinculado en ella, y lisonjeándose de poder conquistarle para el Archiduque Carlos su hijo segundo, despertó los celos de las potencias marítimas, y mandó sacudir su homicida hacha al fatal genio de la guerra." ¿Se puede dar una cacofonia mas notable que la de las seis sílabas *aa* de homicida ha-cha-al-fa-tal? ¿Se ha visto *autoridad imperial*, que disponga de una *potencia de superior órden*, y que siendo esta por su naturaleza *engendradora*, cual se supone el *genio*, disponga de ella, no para suscitar la guerra, sino para *sacudir su homicida hacha*?

2 Esta es otra imitacion de Viera al fol. 12 del citado elógio de Felipe V. Viera dice: el pueblo Británico belicoso, político, libre, comerciante y mas enemigo de la prosperidad de la Francia, que amigo de la corte de Viena, ofreció sus parlamentos, sus armas, sus tesoros. El Bático temiendo todavia el yugo antiguo de la España, ansioso de vengar la república de veinte y ocho años de victorias continuas de Luis XIV, y queriendo complacer á Guillermo de Nasau Rey de Inglaterra, su stadhouder, ó como otros decían, stadouder de Inglaterra y

agresion de Córcega, ofreció desde luego sus escuadras, sus tropas, sus armas, sus tesoros. Estaba acostumbrada á poner contra sus enemigos armadas de sesenta y ochenta galeras. Su marina era la mas egercitada de aquellos tiempos; porque ademas de estar casi siempre en guerra con todas las potencias rivales de su inmenso tráfico y navegacion, tenia á sueldo de las naciones amigas continuamente escuadras auxiliares.

La opulencia y el poder de la ciudad de Florencia habia llegado á tal punto de prosperidad, que ya no podía sufrir en la Toscana ninguna ciudad rival, y mucho menos á potencia alguna marítima, que pudiese dictarla leyes para el despacho y esportacion de sus géneros, ni para la introduccion de mercaderías estrangeras. Pisa y su puerto eran el mercado y canal, por donde Florencia comunicaba con el mar, y para este tráfico de Florencia fué subyugada Pisa anteriormente, contribuyendo á esta catástrofe los genoveses, que acababan de vender tambien á los florentinos el puerto de Liorna, que habian poseido muchos años. ¿Cómo no habia de entrar Florencia con las demas potencias en la liga ofensiva contra nuestro Alonso, despues de los antecedentes que he referido?

Venecia, que hasta el reinado de nuestro héroe, fué siempre aliada de Aragon, persuadida de que el imperio del Monarca aragones, sus conquistas, sus

Rey de Holanda, accedió á la liga ofensiva. El Rey de Portugal, y aun el mismo duque de Saboya, suegro de Felipe, guiados de una política interesada, se unieron poco despues al partido del Austria, y conspiraron para despedazarle el cetro y precipitarle del Trono. Tal era la espantosa borrasca.

*

designios iban á poner en continuo conflicto y fermentacion los intereses políticos de la Italia, trató, por su parte, de conservar el equilibrio, conspirando con las otras potencias, para impedir, que Alonso llegase á reinar en Nápoles pacíficamente.

Y esta era la ¹ liga, que se habia formado contra el sábio, el magnánimo Alonso en las naciones estrangeras. Pero ¿solo en las naciones estrangeras? La ciudad de Aversa, la costa de Melvi, casi todo el reino de Nápoles se rebela contra Alonso: ¡el duque de Anjou reina ya en Nápoles!

Semejante confederacion hubiera sobrecogido el corazon del hombre de mas prevision y mas valor; pero el de Alonso era incapaz de sobrecogerse en caso ninguno. Al contrario, jamas se mostró tan adornado de la virtud de la fortaleza, como en aquella ocasion. A la noticia de esta sublevacion general, se inflama la pasion marcial² del héroe, y hecha un

1 Aquí hay otra imitacion necesaria de Viera, quien al fol. 13 del elógio de Felipe V se esplica así: “tal era la espantosa borrasca, que precedida como de un sordo bramido del Oceano, acumulaba el nublado sobre la casa de Borbon. ¿Y sería muy estraño que tan general y deshecho torbellino arreatase en pos de sí algunos españoles en quienes dominaba el espíritu de partido? ¿Las causas morales no han de obrar? El respeto habitual á la casa de Austria, la inveterada antipatia al nombre francés, la preocupacion nacional, el fanatismo de la política, los resentimientos privados, el alhagüenío influjo, el problema de la sucesion, la incertidumbre de los sucesos... ¿Pero que hago! ¿Cómo no echo aquí prontamente el velo sobre unos acontecimientos desagradables, que solo puedan servir en el elógio de Felipe V para ponderar su clemencia!”

2 Este pasage parece tomado del fol. 14 del citado elógio de Felipe V por Viera, pero ¿que diferencia de uno á otro! En el de Felipe V se dice: “parecía que semejante revolucion, aun mirada de lejos,

volcan, empieza, cual el Vesubio ó el Etna, á vomitar fuego: y con el pretexto de que sus dos hermanos el Rey de Navarra y el Maestre de Santiago altercaban sobre el mando de la escuadra, que debía salir al encuentro de la combinada, la cual se dirigía á socorrer la plaza de Gaeta, se embarca tambien él mismo, y toma el mando de las fuerzas navales. Entonces, mas que nunca, se manifestó Alonso verdaderamente magnánimo, como lo denominó la posteridad.

Iba ya surcando los mares la escuadra aragonesa, cuando se avista en las aguas de la isla de Ponza, no lejos de Gaeta, la armada de la coalicion.

sobresaltaría el corazon de nuestro Rey: porque ¿para qué disimular lo que mas admira y nadie ignora? No por cierto, no temeré decir que el carácter de Felipe V en el apacible silencio de la corte era inclinado á la calma de los sentidos y á la melancolía; que su índole era la de un príncipe modesto, blando, naturalmente timorato, escrupuloso, taciturno, y menos inclinado á gobernar con imperio, que con consejo y direccion. De aqui era, que necesitaba su alma tranquila de fuertes sacudimientos y grandes ocasiones para enardecerse y desplegar toda su impetuosidad y energía; y nada había en el mundo que ocasionase en su pecho esta conmocion sino el estruendo de la guerra." Prescindo de las *ocasiones que ocasionaban* la conmocion del pecho de Felipe y no son la figura retórica llamada *repeticion*. Prescindo de que no estaban en las manos de Felipe, no eran muy suyas la *impetuosidad y energía* que no se conmovian, sino *taxativamente con el estruendo de la guerra*. Paso por este mezquino modo de elogiar, y supongo que Felipe V recogia en tales casos todos sus espíritus, era otro hombre y parecia animoso, no mas. Pero en Alonso V, que siempre estaba adornado de la virtud de la fortaleza, y no solamente era naturalmente animoso, sino *magnánimo, se inflamaba su pasion marcial en tales casos, y hecho un volcan, vomitaba fuego*: ¿cual de los dos héroes resulta mas y mejor elogiado?

Independientemente de la barbarie de aquellos tiempos, y animosidad personal de los partidos, que no permitian muchos actos de moderacion y generosidad, y del denuedo de unos combatientes, que, vencidos, no podian esperar mejor trato, que el de esclavos, concurrían, por aquel tiempo, otras causas para hacer las guerras de mar mas tremendas y destructivas. Los combates eran mas mortíferos que los de hoy; porque se peleaba comunmente en bastimentos bajos y mas débiles, en los cuales se venía á las manos con abordage recíproco, trabándose unas galeras con otras por medio de gárrios, y convirtiéndose así en unos puentes flotantes de comunicacion, para mezclarse los enemigos unos con otros. En tal situacion alguno de los dos habia de quedar rendido ó aniquilado, pues ninguna maniobra era capaz de separarlos: ni el encarnizamiento personal, en que solo obraban el valor ó la desesperacion, permitía subordinacion fria y pasiva, ya para oír la voz del comandante, el cual ordinariamente estaba tambien confundido en la pelea, ó ya para suspender la accion del combatiente, aun cuando se escuchase la voz del gefe. Continuaba, á mas de eso, la bárbara costumbre de hacer acabar la vida, colgándolos en una entena, á los capitanes y tripulacion de los bastimentos, que tenían la desgracia de quedar rendidos. Pero ¿qué importa todo esto para Alonso?

Congratulaos conmigo, aragoneses, valencianos, catalanes, mallorquines, sicilianos, corsos: congratulaos conmigo, trayendo á la memoria aquel grandia de la magnanimidad de nuestro héroe, en que, á la vista de tantos y tan inminentes peligros, se mantuvo sereno, impávido é impertérrito vuestro

adorado Monarca, dictando providencias adecuadas. A la proximidad ya de la escuadra enemiga, convoca un consejo de guerra para el buque en que navegaba; habla á sus hermanos y á los primeros personajes de su armada: espóneles su estado y su determinacion: díceles, que cuenta con su antigua lealtad: manifiestales confianza, y les arrebatada de nuevo el corazon. Manda por último, con el rostro inflamado, que todos se preparen prontamente para el combate, y que se arrojen al mar todos los víveres de sus galeras; obligando á sus tropas al abordage, para su propia conservacion, pues no les deja otros víveres para alimentarse, que las provisiones de las naves que rindiesen. Asombrosa resolucion, que despues fué imitada, sin tamaño desprendimiento, por el célebre Hernan-Cortés, en la destruccion de las naves, cuyo elogio ha sido ya materia suficiente, por sí sola, para un canto premiado por la Real Academia Española.

Entretanto llega ya la escuadra genovesa, empiezan los furiosos choques de espolones de proa, entre una lluvia de piedras, dardos y saetas: continuan á viva fuerza de brazos entre los guerreros: á la mortandad, causada por el acero, se agrega el número de ahogados: yacen sin socorro los heridos, bien por la imperfeccion de la cirugia, bien por el trastorno de unas embarcaciones, que tenian la pelea y confusion dentro de cada una de ellas: se traba, en suma, el combate mas porfiado, sangriento y cruel que conocieron jamas los guerreros, cuya mortandad y destrozo fueron proporcionados á la ferocidad, con que obraban el ódio y la venganza en los unos, y la intrepidez y la desesperacion en los otros. La accion

duró todo el dia, desde el amanecer hasta puesto el sol, con prodigios de temeridad, mostrando Alonso, durante toda ella, tanta constancia de ánimo, como inteligencia de la guerra en una batalla naval.....

Pero ¡ó dolor! Alonso pierde la desastrada accion: pierde su escuadra menos dos navios que pudieron escaparse. Alonso y sus hermanos quedan prisioneros de guerra..... Sí. Mas, ni las prosperidades ensobrecian á Alonso, ni las adversidades abatian su corazon: siempre mantenia una constante igualdad de ánimo, el mismo semblante, la misma dulzura, los mismos sentimientos de humanidad y beneficencia. Entonces, en la ocasion en que, probando el cáliz de los infortunios, se igualó Alonso, en el padecer, á los demas hombres, entonces fué, cuando se hizo tambien un obgeto particular de amor: entonces, cuando sus admirables virtudes interesaron, apasionaron y se grangearon las mas rebeldes voluntades. Solamente el vil almirante genovés, viéndose dueño de la persona del Rey de Aragon, y no atreviéndose á pretender nada en persona, tuvo la osadía de enviarle á pedir, por medio de otro, la isla de Ischia, adonde le habian conducido. Mas, Alonso siempre el mismo, "Aunque mi persona se halla en poder de los genoveses, dijo al enviado, consérvo la libertad de mi espíritu, y antes me dejaré arrojar al mar, que convenir en hechos infames." De esta manera castigó al inhumano, que no quiso respetar la desgracia: así resultó vencedor el prisionero; y entonces, corrido el almirante, se vió precisado á disculparse con el Rey, manifestándole, que no habia encargado á nadie, le pidiesen la isla de Ischia, ni otra cosa ninguna.

20 Todos conocieron y confesaron, despues de la batalla, que la pompa del armamento, con su magnífico tren, séquito de sirvientes, y número de tropas de Nápoles, hasta entonces inespertas en los combates de mar, contribuyeron á embarazar las manobras de las naves, aumentar la confusion y mortandad, y dar de esta manera la victoria á un enemigo, que, por una parte, era superior en fuerzas, y por otra, llevaba la ventaja de la agilidad de sus baqueles y pericia de sus combatientes.

Mas ¿qué digo....? Nuestro don Alonso no se habia entregado á los genoveses; se entregó, sí, al duque de Milan, Felipe María Vizconti, de quien dependian en algun modo los genoveses, y á cuya presencia fue conducido por el almirante desde la isla de Ischia el Real prisionero, siempre tan airoso, que mas parecia vencedor, que vencido. Eran ponderados, por aquel tiempo, el génio suspicaz, la perfidia y la severidad del duque; y no obstante eso, nuestro Alonso le inspiró una confianza sin límites, con sus nobles modales, y le hizo cambiar de ideas con la superioridad de su talento, en términos, que llegó á convertir en amigo un enemigo furioso.

Manifestóle el duque deseos de renovar su antigua alianza, y la contestacion de Alonso fué, que, para recobrar su libertad, se sugetaría á cuantas condiciones le propusiese, como no fuera la de que se habria de separar de la conquista del reino de Nápoles: pues le seria menos sensible pasar el resto de su vida en prision, que, abandonando aquella empresa, desamparar el gran número de señores napolitanos, que hasta entonces habian seguido su partido, y fueron hechos prisioneros con él. ¡Qué no-

bleza de ánimo! ¡Qué gratitud! ¡Qué pensamientos tan generosos!

De esta manera logró, no sin asombro de la Europa, ser puesto en libertad, desde luego, con toda su comitiva, sin rescate ninguno. Y así en 4 de setiembre de 1436 entró ya en Barcelona, de vuelta de Italia, el ilustre infante don Enrique, maestre de Santiago, y en 24 de diciembre el Rey de Navarra don Juan, ambos hermanos de nuestro héroe, que fueron hechos prisioneros en su compañía por los genoveses.

Puesto ya en libertad Alonso, envió al duque de Tarento á Sicilia, donde á la sazón se hallaba el infante don Pedro, con orden de que llevara su escuadra á Porto Venero, adonde el Rey se había retirado, y habiéndose hecho á la vela el infante con la armada para la isla de Ponza, próxima á Gaeta, los habitantes de esta plaza, reconocidos á la benignidad, con que Alonso el humano, el benéfico Alonso trató en otra ocasion á sus ancianos, mugeres y niños, se presentaron al infante, y prometieron recibirle en la ciudad. Y he aquí convertida una plaza enemiga en punto de apoyo, desde el cual logró reconquistar el reino de Nápoles en seis años de lances y acciones, dignas de eterna memoria.

¡Qué seis años los últimos de la guerra de Nápoles! Haré una ligera relacion de las muchas y maravillosas acciones y dichos de Alonso V en aquella época¹. En aquella época perdió de un tiro de

¹ Esta es otra imitacion del elogio de Felipe V al fol. 17 donde Viera se esplica así: “yo me daré priesa á recorrer rápidamente aquellos procelosos años en que los vientos impetuosos de la rebelion y de

bombarda á su amado hermano el infante don Pedro. En aquella hizo pasar á Nápoles desde Barcelona, con una gran escuadra, al infante don Fernando, su hijo y heredero en la nueva corona. En aquella el patriarca de Aquilea, Juan Vitelescho, general de las tropas pontificias, auxiliares de la duquesa de Anjou, que, no teniéndose por bastante fuerza para conseguir ventajas, había hecho treguas con Alonso; por el contrario, luego que unió sus armas con las del traidor Jacome Cadola, atacó de improviso, á pesar de la suspension de armas, el dia de Navidad, al religioso Príncipe, que estaba celebrando el nacimiento de su Divino Redentor en la parroquia de Villa Juliana, á una legua de Aversa, pensando hacerlo prisionero por sorpresa; y no obstante que recibió Alonso repetidos partes de que sus tropas iban á ser arrolladas por el mayor número de las enemigas, si no acudia prontamente á animarlas con su presencia, no quiso salir del templo, hasta que se acabase la funcion; pero entonces llegar al campo, hacerse cargo de sus ventajas y desventajas con su esquisita ojeada, y lograr una victoria completa, todo fué una misma cosa.

En aquella época pasó á sitiar á Scaphato, ciudad de la campaña de Roma, y habiéndose divulgado entre sus generales y soldados, que los enemigos, que defendian la plaza, proferian mil especies injuriosas contra Alonso, su hermano el Rey don

la guerra azotaron la monarquía, é hicieron titubear la corona sobre la cabeza del Monarca.

Luego veremos en la nota siguiente cual de los dos panegiristas *nil molitur inepte*, como dice Horacio.

*

Juan, y el duque de Tarento: tomada la plaza por asalto, le aconsejaron, que hiciese ahorcar á todos los que no habian muerto con las armas en la mano. Pero la respuesta de Alonso fue, que "un buen general no debia jamas empañar el brillo de sus victorias con rigores y crueldades; y que usar de clemencia con los enemigos era mas glorioso, que triunfar de ellos: que á tales consejeros se les debían dar osos y leones por Reyes, pues la crueldad era propia de fieras, así como la benignidad debia ser el carácter de los hombres."

En aquella época algunos valientes de su ejército le ofrecieron matar á Renato, duque de Anjou, y á Francisco Sforzia, y les contestó "que á los que los matasen, los castigaria como á parricidas: que queria vencer á los enemigos con su valor, y no con acciones vergonzosas: que no queria victoria que le deshonrase."

En aquella época sus continuos afanes, durante una guerra tan larga y tan trabajosa, causaron algun estrago en su salud. Enfermó en Cápua, y le curaron con la lectura de la vida de Alejandro; por lo que dijo á los médicos: "que el remedio que se hallaba en Quinto Curcio tenia mas eficacia, que los que proponian Hipócrates y Galeno."

En aquella época le avisó su embajador en Roma, que Ritius, general de su infantería, á solicitud del papa Eugenio, estaba resuelto á desertar, entregando algunas de sus plazas á sus enemigos, y que era necesario apoderarse del traidor, para que no ejecutase su designio; pero Alonso respondió, que mas queria, que los suyos le fuesen traidores, que mostrarles desconfianza, antes de convencerles del delito.

Ritius, que buscaba pretesto para revolverse contra el Rey, le pidió una crecida suma, pensando que se la negaría; mas Alonso, ya fuese por separarle de su mal intento proyectado, ya fuera por no hacerse causante de la egecucion negando el dinero, mandó que al punto se le remitiese. Empero el ingrato Ritius, ya decidido á la maldad, se unió con los enemigos, y tomó astuta y engañosamente una de las plazas de Alonso, y habiéndolo sabido éste, hallándose en el cazadero, inmediatamente se dirigió á la poblacion con unos cuantos cortesanos, despues de haber dado órden de que le siguieran las tropas, y atacó al rebelde antes que se apoderase del castillo de la plaza; con lo que causó á Ritius tanto temor, que se puso éste en precipitada fuga, abandonando á los suyos, los cuales quedaron prisioneros. Y aunque cómplices en la rebelion de Ritius, Alonso les perdonó, y les dió libertad, recobrando la ciudad.

En aquella época marchó contra Juan Sforcia, hermano de Francisco, y contra Antonio Cadola, hijo del traidor Jacobo Cadola, y habiéndolos vendido, hizo prisionero á Cadola, á quien todos los consejeros eran de parecer, se le quitase la vida; pero Alonso, no contento con dejarsela, siendo su mayor enemigo, le dió libertad, y le restableció en la posesion de todos sus bienes, y los de su padre Jacobo, el cual los habia perdido por su rebelion y entrega de Nápoles; y á los consejeros hizo entender, que habia acciones, que no parecian mal en los particulares, y eran impropias é indecorosas en los príncipes. Concedió tambien mercedes y gracias á todos los demas prisioneros, que hizo en la batalla en que venció á Sforcia y Cadola, dando muchos re-

galos á los oficiales y gentes de consideracion que entre ellos habia, con cuyo blando y liberal proceder ganó de tal modo los corazones de sus enemigos, y de los que no querian tenerlo por su Soberano, que desde entonces gozó tranquilamente del reino de Nápoles.

¡Qué seis años los del 36 al 42! ¡Quién es capaz de referir todos los lances y acciones memorables de aquella guerra?..... Y ¡por qué ceñirnos á los seis años? En el dilatado tiempo de veinte años, que consumió Alonso en la completa adquisicion del reino de Nápoles, no le retrageron, ni le hicieron desistir de la empresa, privaciones, peligros, disgustos, derrotas, ni dificultades que se reputaban insuperables¹. Pero aunque la fortuna fué varia algun tiem-

[1 Aquí se verá quien dijo verdad, si el que prometió *darse prisa á recorrer rápidamente aquellos procelosos años*, ó el que prometió hacer una *ligera relacion de las muchas y maravillosas acciones y dichos de Alonso V en aquella época*, cual de los dos *nil molitur inepte*. Ya hemos visto lo que dijo este último panegirista: oigamos ahora á Viera al fol. 17 del elogio de Felipe V. “Despues que los confederados nos habian usurpado una de las columnas de Hércules en Gibraltar, y pretendido, bien que sin fruto alguno, someter en Ceuta la otra, sale el archiduque Cárlos de Portugal en su grande armada, con doce mil hombres de desembarco, y *gana al paso* el reino de Valencia, no con *la acreditada espada* de ningun Cid, sino con las tramas de un Basset, hombre obscuro, seguido de una cuadrilla de bandidos: lo conjurados le entregan las fuertes plazas de Lérida y Tortosa: Gerona le abre sus puertas: Barcelona le reconoce Conde y Rey: en fin Cárlos reina en Cataluña. *Así aquellos* mismos que medio siglo antes habian proclamado un *Borbon*, para que no reinase sobre ellos ún *Austriaco*, proclaman ahora un *Austriaco*, para que no reine un *Borbon*.”

He aquí una *rapidez* admirable en la narracion. Continúa Viera de esta manera. “Pero este (Borbon) impaciente de vengar por su mano

po para Alonso y sus enemigos, por mar y por tierra, particularmente en los últimos seis años, al fin, penetrando Alonso en la ciudad de Nápoles por el mismo acueducto, por el que en el siglo VI habia penetrado Belisario, el gran capitán del Emperador Justiniano, y obligando á Renato Anjou á huir á la Provenza, y á Eugenio IV á salir para Roma, últimamente triunfa Alonso, quedando pacífico poseedor de

tan detestable ingratitud, y superando las dificultades de las marchas, se presenta con dos cuerpos de ejército sobre la delincuente Barcelona. Estaba ya allanado el castillo de Monjuich, abierta la trinchera, y en el cuerpo de la plaza tres suficientes brechas, cuando apareciéndose de repente la escuadra de los enemigos con fuerzas superiores, ahuyentaron del puerto la francesa, é introduce en todo el campo la confusion. En vano *intenta el Rey* dar un asalto general á la ciudad: *su valor, mayor y mas ardiente que el del mariscal de Tesé y demas oficiales generales que mandaban levantar el sitio á la media noche*, tuvo que *ceder al adverso influjo de su estrella*, y retirarse *con silencio de una plaza medio rendida*, en donde dejaba á su *concurrente victorioso sin haber sacado la espada*, y á cuyas murallas, que humeaban todavia, volvía de cuando en cuando los ojos encendidos de agravio y de dolor." He aquí una rapidez admirable en la narracion.

"Las circunstancias de esta retirada, añade Viera, fueron todas tristes presagios. Un eclipse de sol cubrió la tierra de tinieblas por tres horas: los soldados se llenaron de un terror pánico: el caballo del Rey espantado, se paró muchas veces: las aves, sorprendidas de la obscuridad, perdieron el vuelo. Pero el ánimo singular de Felipe, incontrastable en las adversidades mas terribles, vence los horrores, los presagios, los obstaculos, los Pirineos, y llegando hasta Perpiñan, toma la posta por Bayona para Madrid, á fin de *echarse entre los brazos* de sus queridos castellanos, como él mismo escribía á su abuelo.

. Professus grandia, turget.

Prescindamos de la cacofonía de cuatro *aa* seguidas en las cinco sílabas *ganar al paso*: del sonsonete *acreditada espada* en las dos últimas sílabas de las dos voces: de la concurrencia de la vocal *i* prece-

aquella corona, de todas sus fortalezas y castillos, y de las provincias de Abruzo, la Pulla y la Calabria.

Hace su solemne entrada en la capital de Nápoles en 26 de febrero de 1443 con la pompa de un triunfo Romano, como un héroe cubierto de laureles. Celebra córtes para dar á reconocer por sucesor suyo en aquella corona á su hijo Fernando, y sin embargo de las instancias de los aragoneses á fin de que regresára á España, fija por entonces su residen-

dida y seguida de las dos *aa* en las tres primeras sílabas de las voces *así aquellos*: de la contraposicion *pueril de Borbon y Austriaco, Austriaco y Borbon*: defectos que se notan en el primer trozo copiado. Prescindamos del nuevo sonsonete de *valor mayor*: de la debilidad del Monarca elogiado, cuyos *animosos intentos frustran las órdenes de sus generales*: de aquel ridículo, falso, y aun supersticioso *ceder al adverso influjo de su estrella*: del equívoco régimen del *silencio de una plaza y medio vendida*: de aquel *quedar victorioso* el concurrente (no el enemigo) *sin haber sacado la espada*: defectos que se advierten en el segundo trozo copiado. Prescindamos del eclipse de sol, de aquel terror pánico de los soldados, del régimen, tambien equívoco, del *caballo del Rey espantado* muchas veces: de la perdicion del vuelo en las aves: del modo de vencer, no enenigos ni pasiones, sino horrores, presagios, obstáculos, y hasta los Pirineos (que ya no habia segun el dicho ponderado de Luis XIV) *yendo á Perpiñan, y desde allí en posta á Bayona*, y esto para echarse el *incontrastable* entre los brazos de sus queridos castellanos. Prescindamos de todo esto, y comparemos con la prolija, y pausada, y fastidiosa, y defectuosa, y falsa narracion del elogio de Felipe V, la que por las figuras brevedad, aglomeracion, y repeticion se hace en el de Alonso V. ¿Cuál de los dos panegiristas cumple lo que promete? ¿El que dice, que se *dará priesa á recorrer rápidamente los procelosos años*, ó el que asegura, que *hará una ligera relacion de muchas y maravillosas acciones y dichos de seis años*? ¿El panegirista de Felipe V ó el de Alonso V? ¿Cuál de los dos complace á Horacio en aquello de *nil molitur inepte*? ¿Cuál de los dos elógia mejor, con mas verdad á su héroe?

cia en la corte de Nápoles, sin olvidarse ni un instante de sus amados vasallos de la corona de Aragon, donde aquel mismo año creó el tribunal consular de san Feliu de Guijoles. Desde entonces empezó á levantarse sobre el reino de Nápoles, casi anegado, el iris brillante de la serenidad.

Reconciliado Alonso con el papa Eugenio, echó de Vicencio y toda su provincia á Francisco Sforcia que se la habia apropiado, y la restituyó á la Iglesia Romana. Agradecido su Santidad quiso manifestarle su gratitud ofreciéndole algunas ciudades; pero Alonso con admirable desinterés, se negó á aceptarlas, diciendo, que aquella expedicion la habia emprendido por hacer bien á la Iglesia Romana, poniéndola en posesion de las tierras que la tenian usurpadas. ¿Ha habido jamas en el mundo guerrero mas humano, ni mas generoso, ni mas desinteresado?

Hasta aquí¹ hemos considerado al magnánimo

¹ Esta en el fondo es otra imitacion necesaria de Viera al fol. 30 del elógio de Felipe V. Viera hizo allí una transicion de la vida guerrera á la vida pacifica de Felipe; y en el elógio de Alonso ha sido necesario hacer igual transicion: Viera dice: "La paz de Utrech. Aquí era donde fatigada la imaginacion con los horrores de la guerra esperaba yo llegar en el elógio de Felipe V á fin de poder respirar y consolarme. Demasiado hemos hablado ya de este azote que tanto atormenta el género humano y le degrada: y si Felipe encontró su reino estenuado y constituido en una extrema debilidad, ¿cuánto no crecerian los síntomas de los males en casi doce años en que fué el bárbaro teatro de la guerra intestina, la muerte y la devastacion? Basta. Harto ha trabajado Felipe para merecer el terrible nombre de héroe: tiempo es ya de que merezca el plácido título de Rey, coronado de las virtudes pacificas, que valen mas que las victorias."

No sé si gustará á todos lo de *bárbaro teatro*: pero ¿terrible nom-

Alonso como un general sobresaliente, ahora vamos á considerarlo como un Rey, adornado de todas las cualidades adecuadas para tan alta dignidad. No le veremos, pues, ya en el campo de Marte, aunque todavia lo veremos alguna vez sentado magestuosamente en su trono, como Monarca entendido y experimentado, prescribiendo á su hijo y demas generales, en el silencio de las pasiones, á manera de la ley penal, providencias y órdenes hostiles para pacificar los pueblos y los príncipes. ¡O retirada digna de un héroe cristiano, que no acertaron despues á imitar completamente, ni el célebre emperador Carlos, V de su nombre, encerrado en la celda solitaria y oscura de un monasterio, ni el animoso Monarca Felipe, V tambien de su nombre, desaparecido en los espesos y sombríos bosques de la Granja de otro Monasterio! Un Rey, tan amante de la gloria como Alonso V; un gefe militar, adorado por los muchos veteranos, que tantas veces le proporcionaron la victoria, entregarlos á su hijo, cuando las facultades de su cuerpo no correspondian ya á las potencias de su espíritu; pero entregarlos, sin soltar las riendas del gobierno, ni abandonar sus vasallos. ¡Qué resolucion tan completamente heróica! ¡O Alonso! Que te pongas á la frente de tu egército, que sacrifiques al amor paterno de tu hijo y de tus pueblos, tu amor á la gloria, fama y reputacion, es tu destino ser siempre y en todo, Alonso el sábio, el magnánimo, como te denomina la posteridad.

bve el de héroe? Consultese la ultima edicion del diccionario de la Real Academia Española y se verá si es ó no terrible. Y ¿cómo compon-dremos ahora lo de *plácido titulo* de Rey, con el de *terrible arte de reinar* que se dijo al fol. 11?

Los genoveses, que vieron puestos en libertad á sus ilustres prisioneros, se sublevaron contra el gobierno del duque de Milan, habiendo hecho un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Venecia y Florencia, y en tanto apuro aquel príncipe, que hasta entonces apenas habia tenido otra marina que la de sus súbditos los genoveses, recurre á Alonso, su nuevo amigo y aliado, pidiéndole socorros navales para subyugar á los vasallos que se le habian rebelado. Con el objeto de empeñarle á que le hiciese este beneficio, le prometió dejarlo por heredero, y entregarle las ciudades y fortalezas del ducado.

Alonso, solicitado como auxiliador de su libertador: Alonso, favorecido completamente por él, en la ocasion mas triste y desventurada: Alonso, buscado por quien, precisamente á causa de haber sido antes su insigne bienhechor, en lance de honor, necesitaba ahora de su proteccion, ¿cómo habia de negar el socorro, ni aceptar por tan debido socorro una recompensa de supererogacion? Respondió, que estaba pronto á auxiliar, pero que no admitía la oferta de plazas, ni la de la herencia. Pide inmediatamente á su amada esposa la Reyna gobernadora doña María una fuerte escuadra y tropas; y sabida y publicada la voluntad Real, envíale la Reyna egército y armada, y apresúranse los vasallos de la corona de Aragon á ofrecerle vidas y haciendas, deseando, con ánsia, vengar de los genoveses á su adorado Monarca. Ultimamente, encarga la guerra á su hijo Fernando y demas generales de mar y tierra. En su continuacion promete uno á nuestro Alonso quemar el arsenal de Venecia, aliada de Génova, por dos mil escudos de oro de gratificacion pa-

*

ra el incendiario. Empero Alonso contestó, que no queria vencer á sus enemigos con acciones vituperables, ni parecerse al que, habiendo reducido á cenizas el templo de Diana, se hizo tan exêcrable, que todas las potencias del Asia decretaron, no quedase memoria de su nombre.

Mas á poco tiempo fallece su grande amigo y favorecedor Felipe María Vizconti, duque de Milan, dejándole nombrado por heredero. ¡O golpe fatal! ¡Cuán amarga fué para Alonso la muerte de su bienhechor! ¡Cuán sensible no haber podido manifestarle hasta donde llegaba su agradecimiento! Luego que falleció Felipe María Vizconti, Venecia y Florencia le diputaron y dirigieron sus embajadores pidiéndole la paz, y ofreciéndole por ella Venecia mas de 1000 ducados de oro, y Florencia libros, que para Alonso eran mas apreciables que el dinero. Aconsejaron á Alonso sus ministros, aceptase el presente de Venecia. Pero Alonso respondió á los consejeros, que “acostumbraba dar la paz, no venderla, y que solo prevenía las armas para vencer al enemigo, que no lograba antes reducir á la razon, con el objeto de evitar la efusion de sangre.” El duque de Florencia, Cosme de Médicis, que igualmente deseaba reconciliarse con Alonso, y sabía su aficion á los libros, dió principio á sus negociaciones, regalándole varios m. m. ss. raros. Los físicos, recelosos de que pudiesen envolver algun género de veneno, le disuadian de que los recibiese; pero el magnánimo Alonso, despreciando este consejo, tomó los libros en la mano, los ojeó, leyó algunas páginas, y dijo á sus médicos, que la salud de los Reyes está bajo la proteccion especial de Dios.

Establecido, pues, Alonso en Nápoles, y reconciliado con los venecianos, con el duque de Florencia y con el papa Eugenio IV, que le reconoció por legítimo Soberano de aquel reino, empezó á cicatrizar las llagas profundas, que las revoluciones y las guerras habian abierto en su reino de Nápoles. Es verdad, que, acordándose siempre de sus estados de España, y deseando estender en ellos sus relaciones mercantiles con otras potencias, concedió, el año de 44, á todos los tribunales consulares de la corona de Aragon, autoridad ordinaria y plena, para hacer cumplir sus providencias en asuntos de su peculiar conocimiento y potestad. Mas si procuraba continuamente promover la felicidad de sus vasallos ausentes, constituidos en estado floreciente, ¿qué no haría Alonso por el reino de Nápoles, donde vivía, y tenia su corte, y que había padecido tanto en los últimos tiempos, no sin grande dolor y disgusto suyo? ¿Qué no haría para cicatrizar sus llagas?

Padre del pueblo napolitano, dotaba las doncellas pobres, que querían ser religiosas: costeaba la manutencion y educacion de los niños, escasos de fortuna, en quienes llegaba á reconocer talento: á los teólogos que no tenian el dinero que necesitaban para sus grados, se lo daba; y generalmente era liberal con todos aquellos pobres, que le constaba ser ilustres por su ciencia, sus virtudes ó su habilidad; y así continuamente se hallaba rodeado de vasallos, cardenales, oficiales famosos por sus hazañas, y sábios y artistas célebres por sus producciones literarias ó artísticas, que él mismo habia criado ó fomentado.

¿Se quiere formar una idea todavia mas clara

de su carácter liberal y generoso con los napolitanos para cicatrizar sus llagas? Juan de Castrincourt no era napolitano, sino natural de Francia: hizo-le prisionero el Rey de Inglaterra, y le pidió una crecida suma por precio de su libertad. Castrincourt imploró en vano la caridad de todas las cortes de Europa para ponerse en estado de conseguirla; y apenas recurrió á nuestro héroe, le dió por entero todo el precio de su rescate. Si Alonso era tan liberal, benéfico y generoso con los extranjeros, ¿cuál sería con sus vasallos de Nápoles? Es verdad, que algunas veces le pedian mercedes que no podia hacer, y entonces acostumbraba decir, que sentía, que todos sus vasallos no hubiesen sido Reyes, para que supieran contenerse en hacer pretensiones inasequibles. Y señaladamente á un caballero pródigo, que todos los dias le pedia alguna cosa, le dijo una ocasion: "Si yo no me modero en darte, mas presto me harás pobre, que yo te vea rico; porque el continuar dándote es lo mismo que querer llenar de licor una cuba rota." Pero en cuanto podia, era liberal y generoso; y lo que es mas, si hablaban mal de Alonso algunos de los pediguéños que salian desairados en sus pretensiones, Alonso, cuando los cortesanos se lo referian, solía decirles: "Los Reyes no solo deben complacerse en hacer bien, sino tambien en oír con paciencia el mal que de ellos se murmurara." ¡Qué grandeza de alma! ¡Qué espíritu tan noble!

Bienhechor y remunerador generoso, particularmente de los que le servian con fidelidad, ahora en la paz, ahora en la guerra, ya en palacio, ya fuera de él, así cerca de su Real Persona, como lejos de

ella, si sus gravísimas ocupaciones se lo permitian, se dedicaba tambien á la administracion de justicia, dando audiencias, especialmente á los pobres y personas de ínfima clase, mas propenso siempre á perdonar, que á castigar. Ya hemos visto, que no bastó el cúmulo de beneficios hechos á los napolitanos, para preservar á Alonso V de los tristes excesos del populacho seducido. Empero despreció los consejos sanguinarios, de los que, confundiendo con los errores del vulgo, dignos de lástima, las delicuentes sugerencias de los que abusan de su sencillez, preferian á la clemencia una ostentacion fácil, aunque cruel, de un poder absoluto y sin limites, y concedió una amnistía general á todos sus vasallos napolitanos. Tambien desestimó los consejos de los que, confundiendo las casualidades con los casos pensados, querian que un Monarca, tan justo, castigase al inocente como al culpado. En ocasion, en que, habiendo pisado una rama cierto cortesano de Nápoles que iba con el Rey, saltó la rama con tal violencia, que hirió al Monarca en un ojo, poniéndoselo bastante inflamado, empezaron los demas que acompañaban la Real Persona, á lamentarse del suceso, é insinuar-se contra el que lo habia causado; y Alonso les dijo: "Lo del ojo no me es tan sensible, como la pesadumbre y el temor que tendrá ese buen hombre, que, impensada é involuntariamente, me ha ocasionado el golpe y la inflamacion."

La administracion de justicia era, sí, uno de los principales obgetos de su Real atencion y vigilancia: dígalo sus cartas á los gobernadores de las provincias, en que no solamente les recomendaba sobremanera aquella preciosa virtud, de cuyo arre-

glado egercicio pende la tranquilidad de los pueblos, sino que les amenazaba con rigurosos castigos para los casos en que no procurasen obrar con rectitud, y cumplir exâcta y debidamente con las obligaciones de sus cargos. Aborrécia con extremo los robos en los caminos públicos, y celaba tanto por esta parte, que siendo casi imposible, antes de su gobierno, transitar sin riesgo los caminos del reino de Nápoles, despues de los primeros años de su gobierno, se andaba por ellos con toda seguridad. ¡O admirable! ¡O sábió Alonso! Tú empezaste á civilizar, no solo el reino de Nápoles, sino tambien la Europa entera; porque esta seguridad en los caminos fué el principio fundamental de la civilizacion y de la cultura de tu reino de Nápoles, y la civilizacion y cultura de tu reino de Nápoles el estímulo poderoso, que puso en accion y movimiento á las demas potencias de la Europa, para comenzar á tener cuidado de la seguridad de sus caminos.

Vestía Alonso con aseo, pero sin magnificencia. Se fundaba para esto, en que mas queria ser conocido por su buena conducta, que por trages costosos, y por cetro y corona; y en que los príncipes, que arreglan su gasto á sus rentas, ganan el corazon de sus vasallos, pues viven estos sin temor de que se les carguen nuevos tributos, y pasan sus dias en continuo y perfecto regocijo y tranquilidad, deseando larga vida á su Soberano, como autor de su bienestar. ¿Podremos ya dudar, de que Alonso, conquistador de Nápoles, fue padre de sus vasallos vencidos? ¿Podrémos dudar, que Alonso, desde que conquistó aquel malhadado reino, se dedicó con el mayor esmero á cicatrizar sus llagas?

Dotado de suma perspicacia y penetracion, distinguia los buenos de los malos cortesanos; y así en una ocasion, en que iba embarcado divirtiéndose en arrojar al mar pedazos de pan y vianda, y los pájaros marítimos, que lo habían barruntado, revoloteaban por allí, solamente hasta que cogian algun mendrugo de pan, acostumbrado Alonso á convertir en obgetos políticos las cosas mas indiferentes y frívolas, á uno de sus guardias, que, admirado, observaba al Soberano, mirándole de hito en hito, le dijo: “¿Qué miras? Estos pájaros son muy parecidos á algunos de mis cortesanos, que me vuelven las espaldas, luego que consiguen de mí lo que solicitan.”

Conocía igualmente á todos sus vasallos en general, y plenamente confiado en su dulzura y bondad característica, iba muchas veces por las calles de Nápoles á pie, y sin acompañamiento; y asistia con frecuencia á las lecciones de los profesores de artes y ciencias. Y habiéndole hecho presente un dia cierto cortesano, que exponía su Real Persona, le respondió: “El padre, que se pasea en medio de sus hijos, de nada debe recelarse, y el Monarca, que no hace á sus vasallos otra cosa que beneficios, ¿se precaverá por ventura de algun súbdito? Un curioso le preguntó entonces, á quienes amaba mas entre sus vasallos, si á los que constantemente le fueron fieles, ó á los que, reconociéndose culpados por su infidelidad anterior, se manifestaban ya muy adheridos á su Real Persona, y Alonso le contestó discretamente con esta antitesis: “Amo mas á los que temen por mí, que á los que me temen á mí:” añadiendo luego: “Deseo ser amado de los buenos por mi carácter justiciero, y de los malos por mi cle-

mencia." ¡O sábio Alonso! ¡O padre piadoso de tus vasallos! Y ¿quién, siendo sabedor de la abundancia de comestibles y de los públicos divertidos festejos que les proporcionabas con frecuencia, dejará de afirmarse mas y mas en el concepto general, que todos los de tu tiempo, todos tus contemporáneos, tus coetáneos formaron de tus vastos conocimientos en el difícilísimo arte de reinar, y tu modo esquisito de manejar, dirigir y gobernar los hombres?

Amigo de sus amigos, (porque Alonso, aunque Monarca, tenia amigos) los visitaba cuando estaban enfermos, y cuidaba, no solamente de su salud corporal, sino tambien de la espiritual, haciéndoles fervorosas exhortaciones para el arrepentimiento de sus culpas, y para el desasimiento de las cosas mundanas. Siempre estaba detestando la conducta de los hipócritas, como hombres, que, en algun modo, en cuanto estaba de su parte, intentaban hacer á Dios cómplice de sus detestables fingimientos, y siempre estaba diciendo de sí mismo, que, otro tanto como escedia á sus vasallos en dignidad, debia escederles en virtudes, para estimularlos á su egercicio con su eemplo.

Confesémoslo. La naturaleza, en todo y siempre benéfica, como su infinitamente sábio Criador, habia dotado á nuestro Alonso de un carácter pacífico, que tal vez él mismo no habria conocido, sino hubiera tenido la dicha de que sus enemigos le hubiesen dejado al fin en tranquila posesion del reino de Nápoles y demas Estados. Y así, luego que se vió libre de émulos, favoreció las artes, protegió el comercio, perfeccionó el gobierno, coronó las letras, profesó con fervor la Religion Cristiana, y gobernó sus reinos en paz y en justicia.

Si las artes no florecieron mas en las coronas de Aragon y Nápoles en tiempo de aquel gran Rey, ¿se podrá, sin injusticia, atribuirle su atraso? ¿Qué Monarca ha hecho á su favor mayores, ni mas continuados esfuerzos? ¿Desechó, despreció voluntariamente una sola proposicion, que tuviese la apariencia de conducente al fomento de la industria? El haberse malogrado muchas que había adoptado, ¿le retrajo, ó le entibió para no admitir otras? Estados de Langüedoc, ¿nó espusisteis el año de 1424 á vuestro Soberano, entre otros agravios, dignos de reparo, la grande introduccion de paños catalanes en vuestro territorio, y la prohibicion de los franceses en Cataluña? Las conquistas de Alonso en Italia, no solo abrieron á sus vasallos de la corona de Aragon todos los puertos del reino de Nápoles, sino que, comunicándose unos establecimientos con otros, facilitaron conocimientos y correspondencias con los pueblos confinantes. Y ¿qué no debieron á Alonso el comercio de los catalanes en Oriente, el de los mallorquines en Vizcaya y Castilla? ¿qué no hizo por arreglar las autoridades respectivas de los consulados de mar y del Almirantazgo? ¿No fueron providencias suyas muchas de las que despues imitaron los ingleses en su famosa acta de navegacion, tan ponderada, tan celebrada por la política Europa en los tiempos de su mayor y mas general ilustracion? ¿Se puede formar un reglamento mas minucioso y sábio, que el suyo, de policia, para las cargas y descargas de géneros y mercancías en el puerto de Barcelona? En suma. No hubo punto, sobre que no diese unas reglas asombrosas en materia de artes, industria, fábricas y comercio. Pues ¿qué diré de su fecundidad

*

de sólidos y felices recursos en las urgencias?

Alonso hizo siempre la guerra por necesidad; pero fue siempre maravilloso el pulso, con que procuró los medios de sostenerla. No solo pagó puntualmente los cortos empréstitos que pidió, sino que permitió á los pueblos varios arbitrios, que, al paso que hasta su total reembolso, hicieron mas tolerable la falta, prepararon para lo sucesivo mayores conveniencias. La probidad de Alonso era el garante mas seguro para los empréstitos de las coronas de Aragon y Nápoles. Carlos VIII de Francia, no bastándole los caudales de su erario para la conquista del reino de Nápoles, tomó, en tiempos posteriores, prestado, de los genoveses, el dinero para su marcha, al 42 por 100. Pero Alonso V de Aragon tomó prestado de la ciudad de Barcelona solamente tres mil ducados, y esos sin otro desembolso, que unas pequeñas gracias, las cuales, aun sin semejante préstamo, deberian haberse hecho en beneficio público, como la exención del derecho Real de quintos en todas las ganancias, despojos y presas: facultad, para construir un puerto y muelle, y exîgir para esta construccion el derecho de anclaje que pareciese conveniente, y otras gracias y mercedes de la misma laya. Era constante máxîma suya, la que lo fué de Alonso el Sábio de Castilla, en su famosa obra de las partidas. "La pobreza ó riqueza de los vasallos es la medida indudable de la pobreza ó riqueza de los Soberanos." Sus victorias y sus conquistas le dieron, casi siempre, lo necesario para gastos de guerra.

No emprendió ninguna, que no fuese justa, pero empeñado en ella, tenia complacencia en dirigirla por sí mismo, como tan instruido y esperto en

el arte militar. No obstante eso, antes de romper las hostilidades, ¿omitía, por ventura, medio ninguno de ganar á sus enemigos, para que no llegára á verificarse el rompimiento? Intrépido en el combate, y humano y benéfico despues de la victoria, como antes de la accion, economizaba, por decirlo así, y conservaba en lo posible la sangre de los enemigos: era, para Alonso, mayor gloria tratar con afabilidad y dulzura á los vencidos, que conseguir difíciles victorias, las cuales, solía decir, debía á sus soldados como instrumentos de la voluntad divina; mas la clemencia y la generosidad no se las debia á ningun mortal, sino á la pura gracia, con que Dios favorecia directamente á él mismo, sin persona intermedia.

Confiévalo tú, Marin Bosa, enemigo irreconciliable del benéfico Alonso: tú, que, prisionero suyo, te viste puesto, precisamente por él, fuera del peligro de perder la vida, la cual te querian quitar sus tropas en su furor, y lo que es mas, te viste puesto en posesion de tus bienes, nombrado por uno de sus conserjeros, y agraciado en todos tus hijos. Confesadlo en general vosotros, vasallos rebeldes de Nápoles: vosotros; que le vistéis echar al fuego por su propia mano, rehusando abrirlas, vuestras cartas, cogidas al prisionero Antonio Cadola; vuestras cartas, en que podia haber descubierto, traiciones para castigarlas, y riesgos para prevenirlos, precaverlos, evitarlos. Si esto hacia con los soldados enemigos y vasallos rebeldes, ¿qué no haria por sus veteranos, sus amados veteranos, constantemente leales, adictos, apegados á su Real Persona?

¿Qué dia tan glorioso para el singular Monarca aquel, en que, yendo á pique una galera llena de

soldados, al instante que lo advirtió, dió orden de que fuesen á socorrerla, y observando, que todos titubeaban, se metió en una lancha exclamando: "Mas quiero ser compañero, que espectador de su muerte." Pues ¿qué diré de aquel otro, en el que, restablecido ya de la fiebre que padeció en Cápua, al atravesar el rio Vulturna con su egército, reparó, que un soldado de caballería, que cayó al agua, estaba en grande riesgo de ahogarse, y advirtiéndolo, que tardaban en socorrerle, como desde luego habia mandado, se arrojó intrépido al rio, estimuló á otros á que le imitáran, y salvó la vida del soldado? ¿Qué del otro, en que, despues de una reñidísima accion en la Pulla, la tropa se puso á comer y descansar, permaneciendo Alonso vestido y armado, de vigía y centinela, sin tomar alimento ni bebida ninguna hasta despues de haber dado gracias al Dios de los egércitos con el suyo por la victoria, que acababa de conseguir?

Egército de la corona de Aragon ¿qué no hizo por tí el príncipe valiente, que siempre viste á tu frente? Aumentóse tu fuerza en su reinado: tus militares débiles fueron indultados: tu oficialidad escogida entre millares. Y por decirlo de una vez, para conocer el amor de Alonso á sus tropas, y el de las tropas á Alonso, basta saber los consejos que dió á su hijo Fernando, cuando le entregó el mando de las que destinó al socorro de Venecia contra Francisco Sforzia, duque de Milan, y contra la ciudad de Florencia. "Te entrego, le dijo, el mando de mis veteranos. Me han dado muchas victorias y el reino de Nápoles. Los estimo como á mí mismo, y fiándotelos, te doy una prueba de lo que te

amo. Si usares bien de ellos, no dejarás de lograr gloriosos triunfos. Tén gran cuidado de tan valerosos hombres: ámalos y conservalos, si quieres acreditar me que te acuerdas de mi gloria. No los espongas temerariamente á los peligros. Trátalos bien, como yo lo he practicado siempre, para que no conozcan les ha faltado en mí su comandante.” ; Palabras memorables! ; Dignas de transmitirse á la mas remota posteridad! Conociendo, que la ociosidad es el manantial de toda suerte de vicios, por preservar de ellos á sus amadas tropas, las egercitaba aun en tiempo de paz, en simulacros y funciones aparentes, y en trabajar obras públicas. ; Hubo jamás general que hiciese tanto por su egército?

¿Y qué no hizo tambien este Rey sábio por el fomento de su Real marina? El astillero de Barcelona vió botar al agua muchos buques, cuyas quillas había puesto él mismo, y que triunfaron ordinariamente en todos los mares. Perellos, Folch conde de Cardona, conde de Luna, Villamari, Requesens, Vidal de Villanoba, Sant Clement, confesad vosotros su gran pericia en las maniobras y en la táctica naval, y la estimacion que hacia de los marinos valientes y diestros. ; Y cuál era la que hacia de las letras?

Tomada Constantinopla por los turcos en 1453 y estinguido enteramente el imperio del Oriente, huyendo muchos griegos de la tiránica opresion de los bárbaros, vinieron á buscar asilo á Italia, donde otros eruditos de su nacion habían encontrado antes buena acogida. Nápoles, Roma, Florencia, Venecia, Ferrara, Milan y toda la Italia, se vió de un golpe llena de griegos. Y como por una parte era tan públi-

co el ardor; con que buscaba Alonso las medallas antiguas, los libros, los mm. ss., los profesores de artes y ciencias, los literatos y los sábios, y por otra las observaciones delicadas que hacia sobre qualquiera asunto, manifestaban su amor á las ciencias y sus profundos conocimientos en ellas y en las artes; y últimamente, como su continuo trato con los eruditos les hacia comprender, quanto apreciaba Alonso todo monumento de erudicion griega, aquel se consideraba mas seguro de obtener su gracia, que podia llevarse consigo á Nápoles mayor número de libros griegos. De este modo Alonso, mediante la abundancia de maestros y códices griegos, proporcionó en la cultura grandes progresos y adelantamientos á Nápoles, y por medio de aquel reino, á la Europa entera.

Era muy versado en todo género de historias, y aprovechó mucho en los libros de moral, de política y de teología. Habia leído cuatro veces la biblia con notas y comentarios; de suerte, que se le quedó tan impresa en la memoria, que no solo conservaba las especies y las materias de la Sagrada Escritura, sino que decia íntegramente muchos pasages¹. Su intension en la lectura era tan grande, que, ni los instrumentos de música, ni el baile le distraian de ella, por cerca que los percibiera. Solia decir á sus cortesanos, que “los libros eran sus mejores consejeros, pues le hablaban sin lisonja ni temor, y cuando á él le acomodaba: que en ellos habia aprendido el arte de la guerra, y la forma de gobernar en tiempo de paz, y que un rico, igno-

¹ Pii II Pont. Max. Asiae Europaeque descrip. cap. 65. Paris 1534.

rante, no es mas que un toison de oro, tirado y menospreciado¹”.

Doctos Filelfo, Poggio, Trevizona, Cardenal Besarion, publicad vosotros la estimacion que hacia de los sábios, y de los distinguidos profesores de las bellas artes, que, ó venian de Grecia á Italia, ó iban allá por riquezas, ya literarias, ya industriales, y las traían de vuelta á su pátria: Filelfo Guarino, y Poggio el Florentino, premiados generosamente, aquel por la dedicatoria de sus sátiras, éste por la traduccion de la Ciropedia de Genofonte: Trevizona y Besarion, autorizado el primero para dar á luz su *paralelo de Platon y Aristóteles*, y sin embargo de eso autorizado el segundo para la publicacion de su obra *in calumniatorem Platonis*. Y ¿quién hubiera protegido, como protegió el magnánimo Alonso, al compañero inseparable del anti-papa Benedicto XIII Martino Alpartilio, aquel *egregio antiquario*, segun la espresion del erudito Gerónimo Blancas? ¿No favoreció Alonso igualmente al célebre Ausias March², el Petrarca de los provenzales? ¿A los famosos Juan Martorell; Leonardo Aretino; Jaime Roig; á su consegero y paisano, natural de Sátiva, aunque bautizado en Játiva, el obispo de Valencia don Alonso de Borja, despues Papa Calisto III; al sucesor de éste en la tiara Pío II, cuando era conocido por Eneas Silvio; á Bartolomé Farió que escribió su vida; al valenciano Bartolomé Fachs que tambien la trabajó; á Barcelio que compu-

¹ Insignia de orden entonces nueva y siempre muy apreciada.

² Este célebre catalan, ó como otros quieren valenciano, fué uno de los poetas provenzales que escribió en verso endecasílabo: por lo cual Juan Boscán Almogaver no se alabó de ser su primer introduccion en España, sino en la lengua castellana.

so la historia de sus campañas; al boloñés Antonio; á Nicolás Tudesco llamado el Panormitano, y que se yo que mas? En suma amó las ciencias, protegió á los sábios, que no cesaban de publicar las liberalidades y mercedes del Rey, acogió en sus estados, como lo testifican Jovio¹ y Lucio Marineo Siculo², las letras fugitivas de la Grecia, y las artes desterradas de Constantinopla.

Así en su tiempo se principió la antigua casa de la diputacion de Cataluña, destinada el siglo XVIII para Real Audiencia: en su tiempo se acabó tambien en Barcelona la casa llamada de la Ala ó Halla para la venta de los paños: en su tiempo se empezó á edificar igualmente en Barcelona el monasterio de Jesus, poniendo Alonso la primera piedra: en su tiempo se acabó la muralla de la ribera de Barcelona hasta la torre nueva, muro que miraba al medio dia desde la puerta de san Daniel, y se derribó en el siglo XVIII para construir la actual ciudadela.

En Nápoles reedificó Castilnuovo, con piedra que hizo llevar desde las celebradas canteras de Santañi en Mallorca. En su Real Palacio hizo obras admirables: puso muebles muy preciosos, una costosa bajilla de oro y plata, y ricas tapicerías: procuró adquirir esquisitos diamantes, perlas y piedras preciosas. Las aulas de los estudios las adornó magníficamente. En suma ¿qué no hizo para acoger, propagar, entender y fomentar las artes de Grecia?

Su amor á la Religion fué tan grande, que á un cristiano, recién convertido, que descendia de judíos, y queria vender en 500 ducados una efigie de san Juan, le habló de esta manera, sin poderse contener: "O tú te burlas, ó eres aun mas avaro, que tus an-

1 In elogiis.

2 De reb. Hisp. lib. 11.

tepasados; pues ellos vendieron por 30 dineros la persona misma del Hijo de Dios, Rey de los judíos, y tú quieres vender en 500 ducados la mera imagen de uno de tantos siervos suyos." "El consejo mas importante que te debo dar, dijo á su hijo Fernando al tiempo de confiarle el mando del ejército auxiliar para Venecia contra los de Florencia y Francisco Sforcia, es, que nunca presumas que por tu valor y el de tus tropas podrás lograr felices sucesos, sin el socorro y favor del cielo; porque no se alcanzan las victorias con las propias fuerzas, sino con la bendicion de Dios, que dispone del éxito de las batallas. La ciencia del arte militar no te será útil, sino tienes á Dios propicio con tus obras de piedad. Procura, pues, que esté de tu parte, amándole de todo corazon, obedeciendo sus preceptos, y poniendo toda tu confianza en él. Cuando le creas irritado contra tí, templa su indignacion, mediante una sincera penitencia; aunque siempre has de estar prevenido para llevar con cristiana resignacion todas las desgracias que te sucedieren, pues Dios mortifica tal vez á los que ama; pero cuando tienen un vivo dolor de haberle ofendido, bendice y hace dichas sus empresas, despues de haberles hecho probar amarguras y contratiempos."

Procuraba tambien él mismo arreglar sus costumbres á la moral de Jesucristo. Es digno de saberse lo que una ocasion dijo á cierto orador, que en su presencia, pronunció un discurso panegírico, loándole con extraordinarios elogios: "Si tu discurso es verdadero, doy á Dios mil gracias, y si no lo es, le pido de todo corazon, me adorne de las virtudes que me has atribuido." Y disputando otros cortesanos en

*

su presencia, sobre que la naturaleza hizo de madrastra con los hombres y de madre con los irracionales, proveyendo á estos de ciertas inclinaciones, que no concedió á aquellos, nuestro Alonso, imitando á Alonso el Sábio de Castilla, que en una ley de las partidas ponderó las armas y vestidos naturales de los irracionales, para demostrar mejor la preponderancia de la recta razon con que dotó Dios á los hombres, hizo Alonso ver á sus cortesanos, que habia dado el Ser Supremo continencia á la tórtola, á la corneja prevision, á la hormiga providencia, al perro sagacidad y lealtad, piedad á la cigüeña y al pelicano, y sumision y obediencia á la oveja, para que los hombres, que no procuren adquirir estas prendas, como pueden, si quieren, mediante la gracia de Dios, se avergüencen de ser inferiores á los irracionales. "Cosa gloriosa es, solia esclamar frecuentemente, ponerse un Rey al frente de su egército, y guiarle, conduciéndolo contra su enemigo; pero aun es mayor y mas gloriosa para un Soberano enseñar, con su egemplo, á todos sus vasallos de una vasta monarquía el camino de la virtud." ¡Qué sabiduría! ¡Qué conocimientos tan útiles y provechosos los de Alonso! ¡De este filósofo profundo! ¡Cristiano práctico!

Manifestado el carácter de Alonso V, es inútil espresar, que el célebre Monarca fue buen hijo, buen esposo, buen padre, y que poseyó en supremo grado todos aquellos afectos, que ennoblecen la humanidad, á medida que la consuelan. ¡Quién podrá referir en poco papel todos los distinguidos hechos y dichos, la admirable sabiduría, la incomparable magnanimidad, con que gobernó sus coronas de Aragon y Nápoles, aquella desde que, por el falleci-



miento de su augusto padre Fernando subió al trono, y ésta desde que le dejaron en quieta y pacífica posesión sus émulos y enemigos? La justicia y la paz se dieron desde entonces en ambas regiones un ósculo fraternal. Cada uno de sus habitantes descansó tranquilo, rodeado de su familia. El sábio Alonso, no contento con administrar justicia por sí mismo, y hacer el bien posible, elegía jueces íntegros é inteligentes que pusiesen á sus vasallos á cubierto de las injusticias y de las violencias de los malhechores, y velaba sobre la conducta de los magistrados. El insurgente y el traidor se miraban enfrenados y precisados á ocultarse en sus cavernas tenebrosas. El ladrón y el bandido se veían perseguidos y cazados como fieras. Florecieron en tiempo de Alonso las artes, las ciencias, el comercio: brillaron el egército y la marina: y últimamente, las buenas costumbres y la Religion se sentaron en el trono con el sábio y piadoso Monarca. Incomodidades en la tierra y en el mar: separacion de su esposa y de sus vasallos de la corona de Aragon, privaciones y riesgos personales en la guerra.... todo lo arrojó, todo lo sufrió por hacer felices á sus súbditos. ¿Qué mas pudo hacer? ¿Qué no hizo por ellos?

Tal fue la vida, ya pública, ya privada del singular Monarca de Aragon. Y ¿cuál fué su muerte? la del justo, la del sábio y magnánimo, la que correspondia á su vida. He llegado ya á la triste necesidad de unir á la admiracion los suspiros, refiriendo las circunstancias y modo en que terminó su gloriosa carrera el héroe de su siglo.

La ciudad de Génova, temerosa de Alonso, y combatida de disensiones interiores y exteriores, se

habia entregado á Cárlos VII de Francia. Resultaron diferencias entre los dos Monarcas por haber enviado Cárlos á tomar posesion de aquella señoria en su nombre á Juan de Anjou, el cual podía hacer revivir sus figurados derechos á la corona de Nápoles, como primogénito de Renato de Anjou, Rey meramente titular de las dos Sicilias. Entonces Alonso, grande siempre y en todos sus vastos planes, se entregó á una arrojada y ruidosa empresa: ordenó los mayores preparativos de guerra á fin de atacar al enemigo en su propia casa. Mandó á su almirante Vilamari, que con veinte galeras hiciese un diligente corso en la ribera del genovesado, y que despues de reforzarse con las escuadas de Galceran de Requesens, de Vidal de Vilanova, del Cancellor 3.^o de la ciudad de Barcelona y las naves del diestro y experimentado marino Juan de Sant-Clement, que á la sazón cruzaba en Córcega, embistiese la ciudad de Noli, y los fuertes de Camuchio y Recho, y últimamente bloquease la capital de la república. Pero en el tiempo en que mas se estrechaba el asedio por mar y por tierra, y en que Génova se hallaba muy apurada, Alonso se puso malo; y la noticia de su enfermedad fué el anuncio de su muerte.

Este triste y general convencimiento hizo resistencia á cuantas esperanzas lisongeras se divulgaban; y desconfiados ya de su ulterior existencia, sus apesadumbrados vasallos fijaron su vista, despavoridos, sobre los últimos instantes de una vida, tan llena de virtudes públicas y domésticas, tan digna de prolongarse en su concepto. ¡Vanos cuidados! ¡inútil é infructuosa curiosidad! Nada desmintió la grandeza de Alonso en aquellos últimos momentos.

La misma serenidad, la misma presencia de ánimo, la misma verdadera magnanimidad. Se sometió á los socorros del arte, sin esperar nada de ellos, porque quiso desempeñar esta obligacion, como todas las demas. No descuidó, ni aun en tan tristes instantes, las de cristiano, las de Rey, las de marido, las de padre, las de hermano.

Dispuso le diesen sepultura en el monasterio de Poblete de Aragon, donde pensaba enterrarse su augusta amada esposa. Las coronas de Aragon y Sicilia se las dejó al Rey de Navarra su hermano don Juan, como casi se lo habia prometido á su amado padre en los últimos momentos de su existencia, y el cetro del Reyno de Nápoles, que no habia heredado de su padre, sino lo habia conquistado por sí mismo, transmitió á su hijo Fernando, duque de Calabria. Iba ya para dos siglos, que las casas de Aragon y de Anjou, por medio de una série de crímenes los mas atroces, y de revoluciones las mas rápidas, cuales acaso no ofrece la historia de ninguna otra potencia, veian subir alternativamente al sólio de Nápoles príncipes de las dos casas rivales. Y Alonso hizo, que, despues de tan sangrientas altercaciones, la casa de Aragon quedase en quieta, tranquila y pacífica posesion de los deliciosos, aunque distantes estados, por tanto tiempo disputados, transmitiéndolos sin impedimento, oposicion, ni estorbo ninguno á una rama bastarda suya.

De modo, que con las riendas del gobierno en la mano, proveyendo, y previniéndolo todo, espiró tranquilamente como un filósofo cristiano, en Castilnuovo, el 28 de Junio de 1458 consolándose con sus intenciones, con su conciencia, y con la íntima

persuasion de haber llenado, lo mejor que le fue posible, el alto puesto que le habia tocado, y consolando apacible y sosegadamente á uno de sus mayores amigos con estas preciosas cláusulas: "Es gran prueba de la inmortalidad del alma, el que los muchos años arruinan y debilitan el cuerpo; y por el contrario fortifican y perfeccionan el espíritu. Por lo que hace á mí, no siento morir, tierno amigo, sino haber sido en este miserable valle de lágrimas ingrato con un Dios, tan lleno de infinitas perfecciones, y que me ha colmado de inmensos beneficios. ¡Cuan falsa es la sentencia de Séneca: *ama si quieres ser amado!* ¡Cómo no he correspondido yo al grande amor de mi Criador, conservador y Redentor? Pero si mis fragilidades humanas, mis ingratitudes, y mis ofensas se han dirigido á este ente infinito, tambien es infinita su misericordia: y sinceramente contrito y arrepentido, espero en ella, con entera confianza, por los méritos, igualmente infinitos de la passion y muerte del unigénito Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que me llama á la mansion eterna."

Si. De esta, casi inimitable, manera, se despidió y ausentó para siempre de las coronas de Aragon y Nápoles el año de 1458 uno de sus mejores Reyes: perdió su augusta esposa un apreciable amigo, á cuyo fallecimiento no pudo sobrevivir mas que tres meses: su hijo Fernando, un amoroso padre; sus hermanos, un tierno protector, los príncipes soberanos, un generoso compañero; la Religion, un varon piadoso; la Santa Sede, un hijo reverente; la mísera y affligida humanidad, un incesante consolador; las ciencias, las artes, y el comercio un restaurador; Zaragoza, Nápoles y Barcelona un insigne bienhechor.

